25

LEON TROTSKY

cómo hicimos la revolución de octubre

JUAN GRIJALBO EDITOR

colección 70

COMO HICIMOS LA REVOLUCION DE OCTUBRE

León Trotsky

COMO HICIMOS LA REVOLUCION DE OCTUBRE

Versión al español de
Guillermo Gayá Nicolau

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
México, D. F. 1968

COLECCION 70

COMO HICIMOS LA REVOLUCION DE OCTUBRE

Título de la obra en francés:
LES BOLCHEVIQUES DANS LA REVOLUTION D'OCTOBRE

Versión al español de Guillermo Gayá Nicolau de la versión francesa de *Editions Nouvelles,* París, 1929.

D. R. © sobre la versión española por Editorial Grijalbo, S. A., avenida de las Granjas, 82, México, 16, D. F.

PRIMERA EDICION

Reservados todos los derechos.

HECHO EN MEXICO

IMPRESO EN MEXICO

PRINTED IN MEXICO

I N D I C E

Pág.

Nota del editor 7

La Revolución de noviembre 9

El espíritu del pueblo para la ofensiva 19

El levantamiento de Kornilov 39

Complicaciones en la situación interna 51

El Consejo Democrático 63

El Consejo Militar Revolucionario 75

El Soviet de Petrogrado 83

Toma del Palacio de Invierno 97

Los decretos de la tierra y de la paz 105

Huida de Kerensky 113

Fin de la aventura de Kornilov 127

Segundo Congreso de los Soviets 137

Nueva ofensiva alemana. La revolución proletaria .. 147

Nota editorial

La Revolución de Octubre en Rusia, o Revolución bolchevique, es sin duda el acontecimiento histórico capital de nuestro siglo. Pues no debe considerársele tan sólo como una conmoción que modificó las relaciones existentes en aquel país anteriores a su desencadenamiento, sino la iniciación de un movimiento político, económico y social de alcances universales, ya que trata de instituir para toda la humanidad un nuevo concepto de las relaciones humanas, basadas éstas en una transformación total y absoluta de las relaciones económicas dominantes en el mundo hasta octubre de 1917.

La génesis y el desarrollo de la Revolución de Octubre en Rusia ha sido motivo de múltiples interpretaciones tanto por sus adeptos como por sus enemigos, pero no abundan los trabajos provenientes de la pluma de quienes intervinieron en ella e incluso la dirigieron.

En este estudio de León Trotsky, escrito con anterioridad al surgimiento o recrudecimiento de las discrepancias que lo llevaron al exilio y a combatir encarnizadamente después a los dirigentes del Estado soviético, el autor nos da una síntesis de aquellos días memorables, sin detenerse en detalles anecdóticos que desviarían al lector de

la sustancia por la cual se combatió tan rudamente, o de los métodos, organización y estrategia utilizados por los bolcheviques para lanzarse al combate y vencer.

La discutida personalidad de León Trostky no nos interesa en este momento. Damos a la publicidad su obra por la lección que encierra para quienes están interesados en conocer cómo llevaron los bolcheviques su revolución a la victoria.

E. G.

La revolución de noviembre

I

En nuestra época, los acontecimientos se suceden con tanta rapidez, que es difícil reproducirlos con orden cronológico. No dispongo de fuentes documentales de ninguna especie para hacer un esbozo de la Revolución de noviembre,* y lo hago confiándome a mis recuerdos y reservándome para más adelante un relato más completo y exacto y apoyado en testimonios verídicos.

Desde los primeros días de la Revolución, nuestro partido tuvo la firme convicción de que la lógica de los acontecimientos lo llevaría al Poder. No quiero hablar de los teóricos de nuestro partido, quienes muchos años antes de esta Revolución y aun antes de la de 1905, analizando las relaciones entre las clases sociales rusas, habían afirmado que un movimiento revolucionario victorioso pondría inevitablemente el poder del Estado en manos de los proletarios, apoyados por la gran masa de los campesinos pobres. Esta afirmación se apoyaba en la insignificancia de la burguesía democrática y la concentración de la industria en pocas manos, que determinaban la inmensa importancia de la clase obrera. La insignificancia de la clase media no es sino el reverso del poder del proletariado. La guerra produjo apariencias engañosas a este respecto, porque dio un papel deci-

* El Congreso de los Soviets de toda Rusia dio el Poder a los bolcheviques el 25 de octubre de 1917 del antiguo calendario ruso. Al adoptar la U.R.S.S. el Calendario Gregoriano, tal fecha corresponde al 7 de noviembre. (*N. del ed.*)

sivo al ejército, que estaba, en realidad, formado de campesinos. Si la Revolución se hubiese producido en época más normal; si se hubiese iniciado en época de paz, como en 1912, el proletariado hubiera asumido una actitud directiva desde el primer momento, y habría arrastrado a los campesinos gradualmente. Pero la guerra modificó la lógica de los acontecimientos. Los campesinos estaban organizados militarmente en el ejército. Antes de que los unieran las aspiraciones y las ideas, estaban unidos en regimientos. Los pequeños burgueses, diseminados en esos ejércitos, sentían casi en su totalidad los sentimientos revolucionarios propios de su clase. El descontento social de la masa aumentaba, se adensaba con el desastre militar. Apenas comenzó el movimiento revolucionario, las avanzadas del proletariado restauraron las tradiciones de 1905, e incitaron a las masas para que se organizasen en cuerpos representativos, esto es, **en soviets.**

El ejército se encontró en la necesidad de enviar representantes a los consejos revolucionarios antes de que su conciencia política alcanzase la magnitud revolucionaria que adquirían los acontecimientos. ¿A quiénes podían enviar los soldados como representantes suyos? Evidentemente, sólo a los intelectuales y mediointelectuales de entre ellos, que poseían un mínimun de conocimientos políticos y podían dar expresión a sus ideas. De este modo, los intelectuales de la clase media adquirieron de pronto una enorme influencia. Médicos, ingenieros, abogados y periodistas que antes de la guerra habían hecho una vida absolutamente burguesa, se encontraron de pronto representando a cuerpos y ejércitos y se sentían **jefes** de la Revolución. La vaguedad de sus ideas políticas correspondía exactamente al estado amorfo de la con-

ciencia revolucionaria de las masas. Para estos elementos, nosotros éramos "sectarios"; nosotros, que habíamos formulado las demandas en favor de los obreros y campesinos con una claridad y una precisión irreconciliables.

Pero se veía que los demócratas de la democracia, aunque estaban muy orgullosos de sus ímpetus revolucionarios, desconfiaban de las aptitudes y el valor de las masas que los habían elevado. Titulándose socialistas, y creyendo que en realidad lo eran, conservaban su actitud respetuosa ante la autoridad política de los liberales burgueses, cuya sabiduría y cuyos métodos acataban. Por esto intentaron obtener a toda costa el concurso de los liberales, para formar ellos una alianza o coalición.

El programa del Partido Socialista Revolucionario, lleno de fórmulas de un vago humanitarismo y de expresiones sentimentales y prédicas morales, sustitutivos de los métodos de la lucha de clase, era el mayor atractivo espiritual para los improvisados directores del movimiento. Sus esfuerzos para suplir su impotencia intelectual y política, acudiendo a la ciencia de la burguesía, encontraron una sanción teórica en las enseñanzas de los mencheviques. Estos creían que la Revolución debía tener un carácter burgués y no podía realizarse sin la participación de los individuos de esta clase en el gobierno. Se formó un bloque entre los socialistas revolucionarios y los mencheviques, como expresión del tímido y vacilante espíritu político de los intelectuales de la clase media, convertidos en vasallos del Liberalismo Imperialista.

Nosotros comprendimos claramente que la lógica de la lucha de clases destruiría al fin aquella combinación transitoria y acabaría con los jefes del período de transición. El predominio de los intelectuales

mesocráticos no significaba en el fondo sino que los campesinos, súbitamente llamados a tomar parte en la vida pública, como miembros del ejército, que se había convertido en acción política, imponían con la fuerza del número una momentánea eliminación del proletariado. Los jefes de la clase media habían subido a aquellas alturas debido a la fuerza formidable de los soldados, mientras los miembros de la clase obrera, salvo sus fracciones más adelantadas, estaban obligados a acatar a los directores del movimiento y mantenerse en contacto con ellos, a riesgo de quedar divorciados de las masas campesinas.

Tal situación planteaba un problema muy arduo. La generación de mayor edad tenía vivo el recuerdo de 1905, de la derrota que sufrió entonces el proletariado por no haber acudido en su auxilio las inmensas masas de campesinos. Esta fue la causa de que en la primera fase de la nueva revolución, los proletarios se mostrasen propicios a aceptar la ideología de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Sin embargo, la revolución parecía haber estremecido a los obreros políticamente más atrasados, y el vago radicalismo de los intelectuales era para estos obreros una escuela rudimentaria. De este modo, el Consejo de Obreros, Soldados y Campesinos significaba el predominio del elemento amorfo de estos últimos sobre el proletariado socialista, y el del radicalismo intelectual sobre aquel mismo elemento amorfo.

El edificio del sovietismo logró rápidamente una altura gigantesca, gracias a la participación de los intelectuales en aquella labor, aprovechando para ella sus conocimientos técnicos y sus relaciones con la clase media. Pero para nosotros era evidente que el edificio carecía de base sólida, y que se derrumbaría al iniciarse la siguiente fase de la Revolución.

II

La Revolución surgió directamente de la guerra. La guerra fue también el parangón de todos los partidos y de todas las fuerzas revolucionarias.

Los jefes intelectuales habían sido enemigos de la guerra. Muchos de ellos, aun bajo el zarismo, se creían solidarizados con la izquierda Internacional, y figuraban entre los zimmerwaldianos. Pero en cuanto se sintieron dueños del poder, cambiaron completamente. Hacer entonces la revolución socialista hubiera significado la ruptura con la burguesía rusa y con la burguesía aliada. Pero, como ya he dicho, la impotencia de los intelectuales mesócratas y de sus amigos los intelectuales, les obligó a buscar la protección de los liberales burgueses. De aquí el lamentable papel, verdaderamente bochornoso, que desempeñó el directorio mesocrático en la cuestión de la guerra, porque se limitó a quejarse retóricamente y a hacer súplicas secretas a los gobiernos aliados, pero sin apartarse de la política del liberalismo burglés. En las trincheras, los soldados no alcanzaban a comprender cómo iba a cambiar la guerra que sostenían desde hacía tres años, pues ellos no veían otro cambio que el de unos individuos llamados socialistas revolucionarios y mencheviques en el gobierno de Petrogrado.

Miliukov había sucedido a Pokrovsky; Terestchenko a Miliukov. La perfidia burocrática, reemplazada por el Imperialismo de los Cadetes, veía después

ocupado el puesto por un servilismo político, nebuloso y desprovisto de principios. Nada de esto implicaba ningún cambio objetivo y todos continuaban en el círculo vicioso de la guerra. Esta fue la causa primaria de la disolución del ejército. Los agitadores revolucionarios habían dicho que el gobierno zarista enviaba las masas al matadero, sin objeto ni sentido claro de las causas de la lucha, y los sucesores del zar no sabían cambiar el carácter de la guerra ni hacer la paz.

En los primeros meses de la Revolución todo continuó inmutable. Los soldados se impacientaban y los gobiernos aliados daban señales de irritación. Por esto se produjo la ofensiva del 1º de julio. Los aliados la exigieron e insistían en que el nuevo gobierno cumpliera los compromisos contraídos por el zar. Temerosos de su propia impotencia y del creciente descontento de las masas, los jefes mesocráticos aceptaron sin vacilaciones las demandas de los aliados, porque creían que bastaría un ataque del ejército ruso para que se hiciese la paz. Creían que la ofensiva era la salida del laberinto, la resolución del problema, la esperanza salvadora. No puede imaginarse una ilusión más falsa y criminal. Por entonces se hablaba de la ofensiva como habían hablado los socialistas patriotas de los demás países cuando comenzó la guerra, invocando la defensa nacional y los sagrados vínculos de la nación, etc. El internacionalismo zimmerwaldiano se desvanecía como por encanto.

Para nosotros, que formábamos un partido de oposición, era evidente que la ofensiva significaba un paso terriblemente peligroso y que podía ser el origen del fracaso de la Revolución. Urgíamos al gobierno para que no se cometiese el error de enviar a la lu-

cha un ejército que acababa de despertar y que aun no percibía claramente la causa de la tempestad revolucionaria, pues para la lucha se necesitaba sugerirle ideas nuevas y conseguir que las asimilase. De las exhortaciones pasamos a las admoniciones, y de las admoniciones a las amenazas. Pero los gobernantes, obligados a la burguesía, no tenían otro camino que el indicado por ésta, y nos respondieron declarándose nuestros enemigos y jurándonos un odio implacable.

El espíritu del pueblo para la ofensiva

I

No leerán sin honda emoción los historiadores de esta época los periódicos rusos de mayo y junio de 1917. Eran los momentos en que se preparaba el espíritu del pueblo para la ofensiva. Casi todos los artículos de la Prensa, sin excepción de periódicos, ya fuesen oficiales o semioficiales, atacaban a los bolcheviques. No se les escatimaba ultrajes y calumnias. La campaña la dirigían principalmente los cadetes, cuyo instinto de clase les revelaba que la cuestión planteada no era sólo la ofensiva, sino la suerte del movimiento revolucionario, y sobre todo, la forma de gobierno. La máquina burguesa encargada de fabricar la **opinión pública,** fue puesta en movimiento a todo vapor. Los institutos oficiales, las publicaciones, la tribuna y la cátedra obedecían la misma consigna: procurar la inutilización del partido bolchevique. En esta conjuración contra los bolcheviques se hallan los primeros gérmenes de la guerra civil que ha marcado la siguiente fase de la Revolución. El objeto de las excitaciones y diatribas era crear una profunda separación y enemistad, por una parte, entre las clases laboriosas, y entre la **sociedad culta,** por otro lado.

La burguesía liberal se daba perfecta cuenta de que no podría alcanzar el apoyo de las masas sin el concurso de los demócratas de la pequeña burguesía y, que, como ya he dicho, habían logrado alcanzar temporalmente la jefatura de las organizaciones re-

volucionarias. La consecuencia de esto, el objeto inmediato de las excitaciones contra los bolcheviques, fue una enemistad irreconciliable entre nuestro partido y la gran mayoría de los intelectuales con los socialistas, ya que éstos, después de haber roto sus lazos con el proletariado, se habían sometido a la burguesía liberal.

En el primer Congreso de todos los Soviets de Rusia comenzó la tempestad. Nuestro partido había proyectado una manifestación armada en Petrogrado para el 23 de junio, cuyo objeto inmediato era presionar al Congreso.

"Adueñaos del Poder público" era lo que el proletariado de Petrogrado quería decir a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques de todo el país que acudían a la capital. "Prescindid de la burguesía. Abandonad toda idea de coalición y tomad en vuestras manos las riendas del Estado." Estábamos seguros de que si los socialistas revolucionarios y mencheviques cortaban sus relaciones con la burguesía liberal, tendrían que refugiarse en el campo de los elementos más enérgicos y avanzados de las clases proletarias, y asumirían la dirección de la Revolución. Pero precisamente esto era lo que asustaba a los jefes de la pequeña burguesía. Unidos al gobierno, del que formaban parte, y a los burgueses liberales y contrarrevolucionarios, emprendieron una campaña brutal contra la demostración referida en cuanto tuvieron noticia de ella. Se movieron todos los resortes para contrarrestar nuestra acción. Éramos una minoría en el Congreso y tuvimos que retroceder. La manifestación fue suspendida.

Los dos partidos adversos quedaron profundamente impresionados por el incidente. La división se hizo más profunda y el antagonismo adquirió ma-

yores proporciones. En una sesión secreta de la mesa directiva del Congreso, compuesta por representantes de todos los partidos, Tsereteli, que era entonces miembro del Gobierno de coalición, hablando con la altanería propia de la estrechez mental de un doctrinario de la pequeña burguesía, declaró que el único peligro para la Revolución era la amenaza bolchevique y los obreros armados de Petrogrado. Pidió que se quitase las armas a individuos que no sabían hacer buen uso de ellas. Al hablar de individuos que no sabían hacer buen uso de las armas, se refería no sólo a los obreros de la capital, sino también a la parte de la guarnición que nos era adicta. Pero el desarme no se realizó, porque las condiciones políticas y el estado psicológico de la población no permitían una medida tan extrema.

En lugar de la nuestra, el Congreso de los Soviets organizó otra manifestación para el 1º de julio, pero sin armas. Ese fue el día de nuestro triunfo. El pueblo acudió en masas compactas, pero, aunque lo hizo por una convocatoria oficial del Soviet —que buscaba compensarle de la frustrada demostración del 23—, los obreros y soldados incribieron en sus banderas y cartelones nuestras demandas y declaraciones:

¡Abajo los tratados secretos!

¡Abajo la política de ofensivas estratégicas!

¡Viva una paz honrosa!

¡Abajo los diez ministros capitalistas!

¡Todo el poder a los Soviets!

No había sino tres cartelones favorables al Gobierno de coalición. Uno de ellos pertenecía a un regimiento de cosacos. Otro era de un grupo de Plejánov. El tercero había salido de la **Liga,** asociación formada en su mayoría por elementos no proleta-

rios. La manifestación demostró no sólo a nuestros adversarios, sino a nosotros mismos, que teníamos en Petrogrado más fuerza de la que se creía. Ello se desprendía no sólo del número de manifestantes y de las leyendas de los cartelones, sino del carácter mismo de la manifestación.

II

Pareció que la manifestación determinaría una crisis gubernamental. Pero su impresión quedó apocada por las noticias que llegaban del frente sobre la ofensiva del ejército revolucionario. Al mismo tiempo que los obreros y la guarnición de Petrogrado pedían la publicación de los tratados secretos y una proposición de paz, Kerensky lanzaba las tropas revolucionarias contra el enemigo. Esto no era una coincidencia fortuita. Todo se había arreglado previamente, y el momento de la ofensiva fue escogido por razones políticas. El 2 de julio se realizaron en Petrogrado una serie de fingidas manifestaciones patrióticas. La avenida Newski, centro del barrio burgués, se llenó de grupos animadísimos, en los cuales predominaban oficiales, periodistas y damas elegantes, que hacían una rabiosa propaganda contra los bolcheviques.

Los periódicos más importantes de la burguesía liberal aprovecharon las primeras noticias favorables de la ofensiva para declarar que se había obtenido el objeto supremo, pues el golpe del día 1º, cualesquiera que fuesen sus consecuencias militares, era decisivo para impedir los progresos de la Revolución. Se restablecería la disciplina en el ejército y se robustecería el dominio de la burguesía liberal en el país. Nuestras previsiones eran distintas. En el primer Congreso de los Soviets, pocos días antes de la ofensiva, habíamos leído una declaración, en la que di-

jimos que ésta destruiría la cohesión interna del ejército, que nacerían dentro del mismo grupos divididos por una profunda hostilidad y que tomarían una enorme preponderancia los elementos contrarrevolucionarios, puesto que para restaurar la disciplina en un ejército desorganizado no era posible apelar sino a uno de dos medios: nuevos ideales o los procedimientos de la represión brutal. Es decir, anunciamos en esa declaración lo que más tarde llamaron kornilovismo. Afirmamos que la Revolución peligraba, tanto en el caso de un buen éxito de la ofensiva —en el cual no creíamos—, como en el de un fracaso, que nos parecía casi inevitable. El triunfo habría determinado la unión de la pequeña burguesía con la superior, con un programa patriótico, y habría producido, en consecuencia, el aislamiento del proletariado revolucionario, mientras que la derrota podía determinar la disolución completa del ejército, la retirada caótica, la pérdida de mayor número de provincias y el desengaño y la desesperación del pueblo.

Los acontecimientos tomaron el rumbo hacia esta segunda parte de la alternativa. El avance victorioso no duró mucho tiempo. Las primeras noticias fueron seguidas por siniestras comunicaciones en las que se se revelaba la negativa de las secciones enteras del ejército a resistir el ataque del enemigo, las terribles pérdidas de la oficialidad, agrupada en batallones de resistencia, y cosas por el estilo.

A través de estos acontecimientos militares se veían claramente las crecientes dificultades del país. El Gobierno de coalición no había podido resolver los problemas agrarios, económicos y nacionales. Los servicios de transportes y la provisión de alimentos se hacían cada vez con más desorden. Los conflictos

sociales se producían con extraordinaria frecuencia. Los ministros socialistas trataban de calmar la inquietud aconsejando al pueblo que esperara. Todo estaba aplazado hasta la reunión de la Asamblea Constituyente. La incapacidad y la inseguridad del régimen eran manifiestas.

Dentro de tal estado, no había sino dos medios de salvación: derrocar a la burguesía y abrir paso a la revolución, o emplear la represión brutal para dominar a las masas. Kerensky y Tsereteli preferían las contemporizaciones, y sólo conseguían aumentar la confusión. Los cadetes, que eran los miembros más astutos de la coalición, se dieron cuenta de que el fracaso de la ofensiva de julio podía significar un golpe de muerte, no sólo para la Revolución, sino para los usufructuarios de la situación dominante, y se apresuraron a eliminarse, derivando las responsabilidades sobre sus colegas de la izquierda.

El 15 de julio se planteó la crisis ministerial por la cuestión de Ukrania. Fueron momentos de gran tensión. Continuamente llegaban diputaciones y delegados individuales de todos los frentes que referían el caos que reinaba en el ejército a consecuencia de la ofensiva. La Prensa oficial pedía una represión enérgica, y la Prensa socialista repetía cada vez con más frecuencia las mismas demandas. Kerensky se inclinaba rápidamente hacia los cadetes y sus generales, y cada día se llenaba más de odio a todos los elementos revolucionarios.

Las embajadas aliadas presionaban al Gobierno para que restableciera la disciplina y reanudara la ofensiva. La confusión era enorme en los círculos oficiales, mientras la indignación del pueblo obrero aumentaba diariamente. "Aprovechad la ocasión que os presenta la renuncia de los ministros cadetes y asumid la di-

rección completa de los negocios públicos." Esta era la consigna que los obreros de Petrogrado dirigían a la mayoría del Soviet; esto es, a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques.

En la reunión del Comité ejecutivo de los Soviets, celebrada el 15 de julio, los ministros socialistas dieron cuenta a los miembros del Comité de la nueva crisis. Nosotros esperamos con el mayor interés la actitud que adoptarían aquellos grupos una vez disuelto vergonzosamente un Gobierno que caía a los golpes de la propia coalición. Tsereteli fue el encargado de informar. Nos explicó muy detalladamente que las concesiones hechas por él y Terestchenco a Ukrania no constituían de ningún modo la desmembración del país, ni justificaban la dimisión de los ministros cadetes. Tsereteli acusaba a éstos de centralistas doctrinarios y de no darse cuenta de la necesidad de aceptar transacciones. Este informe produjo una impresión verdaderamente lamentable. ¡El confuso doctrinario de la coalición acusando de doctrinarios a los cadetes! ¡Doctrinarios los cadetes, campeones políticos del capitalismo, sin ninguna contaminación con las ideas teóricas! ¡Doctrinarios los hombres que aprovechaban la primera oportunidad para descargar sobre sus testaferros las responsabilidades y cargarles en cuenta el coste de la situación creada por la ofensiva de julio!

En aquel momento, después de lo ocurrido, parecía que no quedaba otro recurso que romper con los cadetes y formar un Gobierno exclusivamente sovietista. Un Gobierno sovietista habría significado, desde el punto de vista de los partidos, por la fuerza de los partidos en el soviet, la entrega del Poder a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques. Nues-

tra política era empujar hacia este fin, pues las constantes reelecciones de los soviets proporcionaban medio de reflejar la radicalización cada día mayor de los obreros y soldados. Nos dábamos cuenta de que el rompimiento de la coalición con la burguesía haría preponderar las tendencias radicales en los soviets. La lucha del proletariado por el Poder derivaría hacia las organizaciones de los soviets y se desarrollaría sin sacudimientos dolorosos.

En cuanto se rompiera el vínculo que los unía a la clase burguesa, los demócratas de la pequeña burguesía sufrirían todos los ataques y no tendrían más remedio que aliarse con los socialistas obreros. Tarde o temprano, el grupo amorfo y vacilante sería dominado por las masas, impusadas por nuestra propaganda. Por esto estimulábamos a los dos principales partidos del soviet para que se apoderaran del Gobierno, aunque no teníamos confianza en ellos, y lo decíamos francamente.

Pero a pesar de la crisis ministerial del 15 de julio, Tsereteli y sus amigos se mantuvieron fieles a la idea de coalición. Sostenían en el seno del Comité ejecutivo que los cadetes estaban desmoralizados por el doctrinarismo y las simpatías contrarrevolucionarias, pero que en las provincias había muchos elementos burgueses dispuestos a ponerse de acuerdo con la democracia revolucionaria, y que la cooperación de esos elementos podía asegurarse si al constituirse el nuevo ministerio se incluía a algunos de los representantes de la pequeña burguesía. Se tenía muchas esperanzas en la formación del partido radical-democrático, que organizaban algunos políticos de antecedentes dudosos. Al saberse en Petrogrado que de los restos de la antigua coalición surgía otra coa-

lición, una ola de descontento e indignación, nacida en los centros de obreros y soldados, inundó la ciudad. Este fue el origen de los acontecimientos del 16 al 18 de julio, que tanta significación tendrían para los acontecimientos que pronto habrían de llegar.

III

Reunido estaba el Comité Ejecutivo cuando se nos avisó por teléfono que el regimiento de ametralladoras organizaba una manifestación. En seguida tomamos las medidas convenientes y dimos, por teléfono también, las órdenes del caso. Entretanto se preparaban, ocultamente, otros acontecimientos. Los representantes de los regimientos disueltos por insubordinación, venían del frente con noticias de las represiones y sembraron el descontento y la inquietud en la guarnición de Petrogrado.

Al mismo tiempo, los obreros de la capital estaban profundamente disgustados de sus jefes. La desconfianza llegó a su punto máximo cuando se supo que Tsereteli, Dan y Cheidze no vacilaban en desfigurar los sentimientos del proletariado para impedir que el soviet de la capital se hiciese eco de las nuevas opiniones de las clases trabajadoras. El Comité Ejecutivo elegido por el Congreso de junio, y apoyado en los votos de las provincias más atrasadas, hacía los mayores esfuerzos para conseguir que el soviet de Petrogrado le dejase libertad. Llegó a tramitar asuntos exclusivamente locales. El conflicto parecía inevitable. Los obreros y soldados presionaban con más energía y llegaron a expresar con violencia su descontento contra la política del soviet. Exigían que nuestro partido tomase medidas enérgicas. Nosotros comprendíamos que no había llegado la hora de tomar-

las, porque las provincias se hallaban muy inclinadas aún en sentido contrario. Temíamos que los acontecimientos del frente produjeran una inmensa confusión en las filas de los obreros revolucionarios y que los exasperaran.

Dentro de nuestro partido, la actitud que debía asumirse frente a los acontecimientos del 16 al 18 de julio estaba perfectamente definida. Por una parte, temíamos que se cortasen las comunicaciones de Petrogrado con las provincias remotas, y por la otra teníamos la esperanza de que una intervención nuestra, enérgica y activa, hiciera cambiar la situación en nuestro favor. Nuestra propaganda agitó intensamente a las masas.

Esperábamos que una exhibición de fuerzas de las masas revolucionarias rompería las obstinadas resistencias de los coalicionistas y les demostrase que el único medio para conservar el Poder era romper definitivamente con la burguesía. A pesar de lo que se ha dicho por la Prensa adversaria, nuestro partido no tenía la intención de recurrir a un movimiento armado para adueñarse del Poder. Sólo queríamos hacer una manifestación revolucionaria, aprovechando las tendencias que se dibujaban espontáneamente y dándole a éstas un sentido político. El Comité central ejecutivo tenía junta en el Palacio de Táurida cuando la muchedumbre de los soldados y de los obreros rodeó el edificio. Los soldados estaban armados, pero sólo una minoría insignificante de anarquistas quería hacer uso de la fuerza contra el centro sovietista. También había algunos individuos, pagados indudablemente, y pertenecientes a los "Cien Negros", que pretendieron aprovechar la ocasión para desencadenar el motín y hacer pogromos. Estas gentes eran las que

pedían la detención de Chernov. De todo esto me informó en la cárcel de Kresty un marinero que había tomado parte en la tentativa, y que no era sino un delincuente común, preso por robo. Sin embargo, la Prensa burguesa y coalicionista había descrito el movimiento como un mero pogrom y un levantamiento contrarrevolucionario, presentado como una maniobra bolchevique, cuyo objeto era asaltar el Poder.

El movimiento del 16 al 18 de julio demostró con perfecta claridad que los principales partidos del soviet estaban completamente aislados. Pero la guarnición no era toda nuestra. Había unidades vacilantes, indecisas, pasivas. Sin embargo, aparte de los aspirantes a oficiales, ni una sola de las unidades que componían la guarnición hubiera estado dispuesta a tomar las armas contra nosotros en defensa del Gobierno o de los partidos que formaban la mayoría del soviet. Había que llevar tropas del frente. La estrategia de Tsereteli, Chernov y socios, consistía en ganar tiempo para que Kerensky pudiese llevar tropas de confianza a Petrogrado.

Unas tras de otra llegaban las delegaciones al Palacio de Táurida, que estaba rodeado por una muchedumbre armada, solicitando la ruptura completa con la burguesía, enérgicas reformas sociales y negociaciones de paz. Los bolcheviques recibíamos a los manifestantes, ya en la calle, ya en el palacio, y los invitábamos a la serenidad, asegurándoles que dada la excitación de los ánimos, era imposible que los transaccionistas pudieran formar un gabinete de coalición. Los delegados de la ciudad de Kronstadt eran los más resueltos, y nos costó no poco trabajo conseguir que se contuviesen dentro de los límites de una simple manifestación.

El día 17, la manifestación asumió un carácter más formidable, y se hizo ya bajo la dirección de nuestro partido. Los jefes del soviet habían perdido la cabeza; sus discursos eran meras evasivas; las respuestas dadas a los delegados por Cheidze, el Ulises de la coalición, carecían en absoluto de sentido político. Nosotros nos dábamos cuenta de que los jefes de la desquiciada coalición no se proponían más que ganar tiempo.

En la noche del 17 comenzaron a llegar las tropas de **confianza.** Durante la reunión del Comité ejecutivo en el Palacio de Táurida se oyeron las notas de la **Marsellesa,** tocada por una banda militar. En seguida cambió la expresión de los miembros de la junta. Adquirieron una confianza que no habían demostrado en los días anteriores. Este cambio fue producido por la llegada del regimiento de Volinia, que pocas semanas después había de marchar a la cabeza de la Revolución de noviembre.

Los directores de la situación ya no creyeron necesario guardar miramientos a las delegaciones de obreros y soldados ni a los representantes de la flota del Báltico. En la tribuna del Comité Ejecutivo se pronunciaron discursos en los que se habló de la **rebelión dominada** por las tropas leales y del carácter contrarrevolucionario del bolchevismo.

El miedo de la burguesía durante las treinta y seis horas de manifestaciones armadas se transformó en un odio rabioso que no sólo se manifestaba en sus periódicos, sino también en las calles de Petrogrado, donde se apaleó sin piedad a los obreros y soldados que se empeñaban en su **criminal** agitación. Aspirantes, oficiales, miembros de los batallones selectos y caballeros de San Jorge eran los amos, y ampara-

dos por ellos empezaron a circular los más fervientes contrarrevolucionarios. Las sociedades obreras y las de nuestro partido eran disueltas enérgicamente. Hubo detenciones y pesquisas domiciliarias, palizas colectivas y asesinatos individuales. En la noche del 17 al 18, el ministro de Justicia, Pereverzev, entregó a la Prensa documentos en los que se demostraba que los jefes del bolchevismo eran agentes pagados por los alemanes.

Los jefes del partido socialista revolucionario y del menchevista nos conocían suficientemente para no creer esas acusaciones, pero tenían demasiado interés en el buen éxito de la jornada y las dejaron circular. Aun hoy es imposible recordar sin disgusto el diluvio de mentiras que llenaba las columnas de la Prensa burguesa y coalicionista. Nuestros periódicos fueron clausurados. Todo el Petrogrado revolucionario sintió que el ejército y las provincias estaban muy lejos de simpatizar con él. Hubo un momento en que los obreros desmayaron. Los jefes del soviet fabricaban entretanto un nuevo ministerio con grupos mesocráticos de ínfimo orden, que lejos de dar fuerza al Gobierno le quitaba hasta el más leve vestigio revolucionario.

Pero los acontecimientos del frente tomaban el curso fatal que esperábamos. El ejército estaba minado en sus cimientos. Los soldados se habían dado cuenta de que los oficiales eran profundamente hostiles al nuevo régimen, aunque en los primeros días hubiesen hecho y dicho cosas que fingían adhesión. En el cuartel general se hacía descaradamente una selección de elementos contrarrevolucionarios. Las publicaciones bolchevistas eran perseguidas con toda dureza.

La ofensiva había terminado en una trágica retirada. La Prensa burguesa hacía una fiera campaña contra el ejército; olvidándose de que la víspera de la ofensiva los partidos burgueses nos habían llamado minoría insignificante, desconocida y despreciada en el ejército, atribuían el espantoso desastre militar a nuestra propaganda en las filas. Las cárceles se llenaron de revolucionarios, y con el pretexto de descubrir a los responsables de los acontecimientos del 16 al 18, fueron azuzados los lobos de la judicatura zarista.

Más aún: ¡los socialistas revolucionarios y los mencheviques se atrevieron a solicitar de Lenin, Zinoviev y otros camaradas que se entregasen voluntariamente a la **justicia**!

IV

Mas el desaliento de los obreros pasó muy pronto, y una nueva ola de entusiasmo revolucionario se propagó en la guarnición de Petrogrado. Los coalicionistas perdían toda su influencia. La onda bolchevique comenzaba a extenderse por el país y a penetrar en el ejército.

El nuevo ministerio de coalición, presidido por Kerensky, se dedicó a las represiones. Restableció la pena de muerte para los soldados, no permitió la publicación de nuestros escritos y dispuso que todo el que se dedicara a la propaganda fuera detenido.

Estas medidas sólo sirvieron para aumentar nuestra influencia. A pesar de todos los obstáculos que se opusieron para impedir la reelección del soviet de Petrogrado, la fuerza de los partidos se había alterado tan profundamente, que teníamos mayoría en muchos puntos de importancia. Lo mismo ocurrió en el soviet de Moscú. Yo estaba entonces preso en la cárcel de Kresty con otros muchos camaradas, por haber tomado parte en la agitación y en la organización del movimiento armado del 16 al 18 por "cuenta del Gobierno alemán y con el fin de auxiliar los planes militares de los Hohenzollern". El conocido juez instructor Alexandrov, que en tiempo del zarismo se había distinguido por sus pesquisas contra los revolucionarios, tenía la misión de proteger a la República del peligro bolchevique. Según el sistema del

antiguo régimen, los presos formaban dos categorías: políticos y delincuentes comunes; el nuevo régimen introdujo otras categorías: delincuentes comunes y bolcheviques.

Los soldados presos estaban sumergidos en una dolorosa perplejidad. Eran jóvenes campesinos, ajenos por completo a la política, convencidos de que la Revolución significaba la conquista definitiva de la libertad, y miraban llenos de asombro los cerrojos de las puertas y las rejas de las ventanas. Cuando paseábamos por el patio para tomar el sol, algunos de ellos me preguntaban lo que aquello quería decir y cómo acabaría su proceso. Yo los consolaba hablándoles de nuestra futura victoria.

El levantamiento de Kornilov

I

A fines de agosto se realizó el levantamiento de Kornilov. Este fue el resultado inmediato de la movilización de fuerzas contrarrevolucionarias.

En la célebre Conferencia de Moscú, en la segunda quincena de agosto, Kerensky prometió seguir una política transaccional entre las clases pudientes y los demócratas de la pequeña burguesía. Los bolcheviques estábamos fuera de la ley.

Kerensky fue aplaudido frenéticamente por los elementos del orden y acogido con un silencio traidor por los demócratas de la pequeña burguesía, y anunció una política de sangre y fuego contra los perturbadores bolcheviques. Pero las exclamaciones histéricas de Kerensky y sus amenazas no dejaron del todo satisfechos a los jefes contrarrevolucionarios sobre el país, envolviendo a los obreros, soldados y campesinos, y consideraban un deber imperativo dar a las masas una lección inolvidable.

De acuerdo los ricos, que hicieron de él su héroe, Kornilov se aventuró a la empresa. Kerensky, Savinkov, Filonenko y otros socialistas revolucionarios que ocupaban el Poder o estaban cerca de los que mandaban, participaron en el movimiento, pero traicionaron a Kornilov al darse cuenta de que la victoria del general los eliminaría.

Yo continuaba en la cárcel, y seguí el episodio en los periódicos, pues la única diferencia de régimen

carcelario entre los tiempos del zar y los de Kerensky era que éste dejaba leer la Prensa a los que estaban en mi caso.

La aventura del general cosaco fue un desastre. Seis meses de Revolución habían inculcado suficiente ánimo y daban suficiente fuerza a las masas para rechazar toda tentativa contrarrevolucionaria. Los partidos coalicionistas se asustaron terriblemente por las consecuencias que pudiera tener la intriga de Kornilov, amenazadora no sólo para los bolcheviques, sino también para los grupos que dominaban el nuevo régimen. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques creyeron entonces oportuno dar estado de legalidad al bolchevismo, aunque lo hicieron sólo a medias y con muchísimas reservas, para ponerse a cubierto de futuros peligros.

Los mismos marineros de Kronstadt, acusados de salteadores y contrarrevolucionarios después de las jornadas de julio, fueron llamados a la capital para que defendieran la Revolución contra el peligro que la amenazaba. Acudieron sin tardanza y, borrando el recuerdo de los anteriores agravios, tomaron el puesto de mayor peligro. Yo pude recordar entonces con toda justicia a Tsereteli las palabras que dije cuando este hombre insultaba a los marineros de Kronstadt: "El día en que un movimiento general contrarrevolucionario quiera ahorcar a la Revolución, los cadetes prepararán la soga, y los marineros de Kronstadt vendrán a salvarla y a morir con nosotros."

El alzamiento de Kornilov encontró en todas partes un sovietismo lleno de vitalidad que se le opuso con todas sus fuerzas. Casi no hubo lucha. Las masas revolucionarias no hacían sino paralizar los movimientos del conspirador. Así como en julio no habían encon-

trado los coalicionistas un soldado de la guarnición que luchase contra nosotros en la capital, Kornilov no encontró un soldado del frente que avanzase contra la Revolución. Todo lo que consiguió fue obra del engaño, y la acción de los propagandistas terminó muy pronto con la maniobra.

Juzgando por lo que decía la Prensa, yo esperaba un desenvolvimiento rápido de los acontecimientos y la próxima entrega de la autoridad gubernamental a los Soviets. El desarrollo de la fuerza y de la influencia de los bolcheviques era indudable, y acababa de recibir nuevo impulso. Los bolcheviques habían sido adversarios de la coalición, se habían manifestado hostiles a la ofensiva de julio, y, por último, habían anunciado el levantamiento de Kornilov. Las masas populares podían ver que habíamos acertado.

Durante los instantes críticos de la aventura de Kornilov, cuando la división **Salvaje** del Cáucaso marchaba sobre Petrogrado, el Soviet de la capital, con el consentimiento forzado del Gobierno, armó a los obreros. Los regimientos llamados contra nosotros se habían transformado en poco tiempo en la atmósfera ardiente de Petrogrado, y ya eran enteramente nuestros. La tentativa de Kornilov debió abrir los ojos del ejército sobre la inadmisibilidad de una nueva inteligencia con los burgueses contrarrevolucionarios. Podía esperarse por lo mismo que a la derrota de Kornilov seguiría un esfuerzo inmediato de las fuerzas revolucionarias, guiadas por nuestro partido, para conquistar el Poder. Pero los acontecimientos se desarrollaron con más lentitud.

A pesar de la intensidad del sentimiento revolucionario, las masas estaban poco animosas desde las jornadas de julio, y aguardaban pasivamente el lla-

mamiento de sus jefes. Pero ellos también se mantuvieron a la expectativa. A esto se debió que la voz de alerta dada por la aventura de Kornilov, aun cuando alterara fundamentalmente en favor nuestro la correlación de fuerzas, no produjera cambios políticos inmediatos.

II

Aquellos días era indudable el predominio de nuestro partido en el soviet de Petrogrado. La evidencia del hecho se demostró dramáticamente al constituirse la mesa directiva. Cuando los socialistas revolucionarios y mencheviques dominaban como señores absolutos de los soviets, hicieron todos los esfuerzos imaginables para aislar a los bolcheviques. Éramos dueños de la tercera parte de los votos del soviet de Petrogrado, y, a pesar de ello, no admitieron una sola representación de nuestro partido en la mesa directiva. Pero en cuanto el soviet de la capital resolvió que el Gobierno fuera exclusivamente sovietista, lo que se consiguió por una mayoría insignificante, pedimos que la mesa directiva se integrase con miembros de los distintos grupos, según el principio de la representación proporcional.

La antigua junta de gobierno, en la que estaban Cheidze, Tsereteli, Kerensky, Skobelev y Chernov, se negó rotundamente a aceptar nuestra proposición. La cuestión que nosotros planteamos entonces fue objeto de una reunión especial. Todos nos preparábamos para la lucha, movilizando nuestras fuerzas y alistando nuestras reservas. Tsereteli pronunció un discurso programa, y dijo que la constitución de la Junta directiva era asunto de mera administración. Nosotros, por nuestra parte, creíamos tener la mitad de los votos de la asamblea y hubiéramos considerado esto

como una victoria, pero con gran sorpresa para todos, el resultado del escrutinio dio una mayoría de más de cien votos en nuestro favor.

"Durante seis meses —dijo Tsereteli—, hemos estado nosotros al frente del soviet de Petrogrado, y lo hemos llevado de victoria en victoria. Esperamos que vosotros permaneceréis tres meses por lo menos en el puesto que váis a ocupar."

En el soviet de Moscú se produjo un cambio análogo, y los soviets provinciales fueron pasando unos tras otros a manos de los bolcheviques.

Entretanto se aproximaba el día de la convocatoria del segundo Congreso de todos los soviets, pero el Comité Ejecutivo Central se empeñaba en que esa convocatoria fuese aplazada indefinidamente, con la esperanza de que no se reuniese nunca. Nadie podía dudar de que en el nuevo Congreso nuestro partido tendría la mayoría, y que el nuevo Comité Ejecutivo Central correspondiera a la orientación de los partidos, privando a los coalicionistas de la ciudadela en que estaban refugiados. La cuestión capital para nosotros consistía por tanto en que se convocase el Congreso de los soviets. Los mencheviques y socialistas revolucionarios pedían por su parte que se citase para una Conferencia Democrática, pues en ella esperaban derrotarnos y deshacerse de Kerensky, pues éste había adoptado una actitud independiente y personal. Elevado al poder en el primer período de la Revolución, por obra del soviet de Petrogrado, entró en el ministerio sin que el soviet hubiese resuelto nada previamente sobre el asunto, aunque posteriormente aprobó el hecho. Según acuerdo del primer Congreso de soviets, los ministros socialistas eran responsables ante el Comité Ejecutivo Cental; los cadetes lo

eran ante su propio partido. Pero como las jornadas de julio crearon al Comité Central una nueva situación política, por haber servido los intereses de la burguesía, los ministros socialistas quedaron relevados de responder de sus actos ante los soviets, con el fin de establecer una dictadura revolucionaria, según se dijo entonces. Esto debe recordarse también, porque los mismos que fraguaron aquella dictadura oligárquica, gritan hoy contra la dictadura de una clase y la cubren de injurias.

La contestación general de Moscú en la que se equilibraban los ricos y los demócratas, mediante una selección artificiosa, tenía como fin principal consolidar el poder de Kerensky sobre todas las clases y partidos. El programa se realizó, aunque sólo aparentemente, pues en realidad la Conferencia de Moscú fue la revelación de la impotencia de Kerensky, individuo tan extraño a las clases acaudaladas como a los demócratas de la pequeña burguesía; pero como liberales y conservadores aplaudieron sus parrafadas antidemocráticas, y los coalicionistas le hicieron una gran ovación cuando se mostró cautamente desligado de los contrarrevolucionarios, la impresión general fue que lo apoyaban los dos bandos y que disponía de una autoridad ilimitada. Por esto amenazó a los obreros y a los soldados revolucionarios, y declaró que les perseguiría a sangre y fuego.

Su política siguió el camino de las conspiraciones, unido a Kornilov, y esto lo comprometió ante los coalicionistas. Tsereteli, con su característica vaguedad diplomática, habló de los factores personales en política y de la necesidad de limitarlos. Esta era la tarea que incumbía a la Conferencia de Moscú, compuesta como estaba por los representantes de los so-

viets, de los Consejos Municipales, de los Zemstvos y de las uniones de trabajadores y sociedades cooperativas, seleccionados con la mayor arbitrariedad. Pero el problema principal era asegurar la tendencia conservadora de la reunión, disolver los Soviets y consolidar el poder mediante una nueva organización que impidiese el avance de la marea bolchevique.

La Revolución se caracteriza por el cambio rápido que se efectúa en la conciencia de clase. Los grupos populares que adquieren experiencia, revisan las ideas consagradas, forman concepciones nuevas, deponen a sus antiguos jefes, nombran otros, y avanzan con ellos. Durante la Revolución, las organizaciones democráticas establecidas sobre la complicada base del sufragio universal, quedan inevitablemente fuera del desarrollo de las ideas políticas de las masas. Pero esto no ocurre con los Soviets. Estos dependen directamente de grupos orgánicos, como talleres, fábricas, minas, compañías, regimientos, etc. Es verdad que en estos casos no existen las garantías legales de una elección exactamente computada, como en el caso de los Consejos Municipales y de los Zemstvos, pero hay las garantías más importantes del contacto directo e inmediato del diputado con sus electores. El miembro de la Diputación o Zemstvo depende de una masa amorfa de electores que lo faculta de una autoridad anual y se disuelve inmediatamente. Los electores del Soviet, por el contrario, permanecen constantemente ligados unos con otros por las condiciones mismas de su existencia y de su trabajo cotidiano. El diputado está siempre sometido a la fiscalización directa de los electores, y en cualquier momento éstos pueden darle nuevas instrucciones, censurarlo, revocar su mandato y nombrar a otro.

III

La Conferencia Democrática, convocada por Tsereteli y sus amigos a mediados de septiembre, era puramente artificial, y consistía en una combinación de las representaciones de los Soviets y de los órganos de gobierno locales, en una proporción que daba la preponderancia a los partidos coalicionistas. Tanta confusión e impotencia hicieron que la Asamblea acabara tristemente.

La burguesía acaudalada vio con extremada animosidad aquella Conferencia, y la consideró una tentativa para desalojarla de la posición adquirida en la junta de Moscú. Por otro lado, los obreros revolucionarios y las masas de soldados y campesinos condenaron anticipadamente los métodos de que se hizo uso para convocarla.

Los coalicionistas se dedicaron a la formación de un Gabinete **responsable**; pero fracasaron. Kerensky no aceptaba el principio de responsabilidad, ni permitía que se aplicase, porque la burguesía que lo apoyaba no le autorizaba para avanzar en este sentido. En aquel momento eso era bastante y la burguesía no pidió más. La Conferencia no resolvió el problema de la coalición. El número de votos favorables a la alianza con la burguesía excedió apenas del que se dio contra toda clase de coaliciones; la coalición con los cadetes fue rechazada por mayoría de votos. Sin embargo, fuera de los cadetes, no había

ningún burgués con el que pudiese hacerse una coalición. Tsereteli explicó el hecho ante la Asamblea. ¡Si ésta no lo entendía, peor para ella! Así fue como, a espaldas de la Asamblea, se abrieron negociaciones con los cadetes rechazados por el voto terminante de ella. ¡Se inventó el truco de tratarlos, no como a miembros de un partido, sino como a personalidades aisladas! Las presiones de la derecha y de la izquierda obligaron a los demócratas de la pequeña burguesía a someterse a esta situación ridícula, demostrativa de su impotencia.

La Conferencia Democrática eligió un Consejo, y se acordó agregarle algunos representantes de la burguesía. Este **Parlamento Provisional** llenaría el hueco hasta la reunión de la Asamblea Constituyente. El nuevo ministerio de coalición, contrario al plan primitivo de Tsereteli, aunque enteramente conforme al de la burguesía, debía mantenerse independiente del Parlamento Provisional. Todo esto producía la impresión de un engendro lamentable, obra de unas mentes desequilibradas. Se veía claramente la sumisión de la pequeña burguesía, esa misma burguesía liberal que aún no hacía un mes había sostenido abiertamente la tentativa contrarrevolucionaria de Kornilov. En suma, todo se reducía a restaurar y conservar la coalición con la burguesía liberal. Nadie podía dudar ya de que, prescindiendo de la composición de la futura Asamblea Constituyente, el poder gubernamental quedaría en manos de la burguesía, pues los partidos coalicionistas, desconociendo las corrientes de opinión, tenían el propósito inalterable de seguir unidos a los cadetes y consideraban imposible formar un Gobierno que no estuviese sostenido por la burguesía.

Complicaciones en la situación interna

I

Entretanto, la situación interna se complicaba. La guerra continuaba sin ningún objetivo, sin dirección, sin perspectiva cierta. El Gobierno no se podía salir de aquel círculo vicioso. El plan de enviar a Skobeley para que intentase influir en París sobre el imperialismo de los aliados, fue tan grotesco que nadie le dio la menor importancia. Kornilov entregó la ciudad de Riga a los alemanes para alarmar a la opinión pública y aprovecharse de la coyuntura para establecer una disciplina de hierro en el ejército. La amenaza que se cernía sobre Petrogrado era vista por los elementos de la burguesía con evidente malignidad. Rodzianko, el antiguo presidente de la Duma, decía claramente que la entrega de la desmoralizada Petrogrado a los alemanes no sería una pérdida lamentable. Y se refería el caso de Riga, en donde los alemanes con ayuda de la antigua policía disolvieron los Soviets y restablecieron el orden antiguo. Se perdería la flota del Báltico; pero la flota del Báltico estaba desmoralizada por la propaganda revolucionaria; y esto disminuiría la importancia de la pérdida. Tal cinismo en labios del gran señor, era una fiel expresión de los pensamientos ocultos de la burguesía. La entrega de Petrogrado no sería realmente su pérdida, pues podría rescatarse en el tratado de paz. Entretanto, el militarismo alemán ejercía su acción dis-

ciplinaria. La Revolución quedaría decapitada, y no habría después dificultades para sujetarla.

El Gobierno de Kerensky no tenía la intención de defender la capital. Se preparaba a la opinión para la entrega de Petrogrado. Las oficinas públicas se trasladaban a Moscú y a otras ciudades.

Tales eran las circunstancias cuando se reunieron en junta general los soldados del Soviet de Petrogrado. Dominaba una gran agitación, y los ánimos estaban muy alterados. Si el Gobierno reconocía su incapacidad para defender la capital, debería hacer la paz; si no podía hacer la paz, debía marcharse. Este era el resumen de la opinión de los soldados. Y esta fue la primera señal de la Revolución de noviembre.

En el frente la situación empeoraba cada día. El otoño se anunciaba frío y lluvioso. El ejército veía la perspectiva de una cuarta campaña de invierno en la que al fango sucedería la nieve, y en la que cada día serían menos abundantes las provisiones. Nadie pensaba en los soldados. No se les enviaban provisiones, refuerzos ni abrigos. Las deserciones aumentaban de día en día. Los antiguos comités del Ejército nombrados en los primeros días de la Revolución, seguían en sus puestos y apoyaban la política de Kerensky. La reelección estaba prohibida. Así se formó un abismo entre los comités del Ejército y los soldados, hasta que éstos acabaron por detestar a aquéllos. Diariamente llegaban delegaciones que preguntaban categóricamente al Soviet: ¿Dónde está la fórmula para resolver la situación? ¿Qué clase de guerra es ésta y quién va a ponerle fin? ¿Por qué calla el Soviet de Petrogrado?

II

El Soviet de Petrogrado no estaba silencioso. Pedía el traslado inmediato del poder al Soviet Central y a los locales, el reparto de la tierra a los campesinos, el establecimiento del dominio de los obreros sobre la industria y la apertura de las negociaciones de paz.

Mientras estuvimos en la oposición, nuestro grito de guerra fue: ¡Todo el poder para los Soviets! Pero cuando constituimos la mayoría de ellos, o de los principales, empezamos a luchar para adueñarnos del poder.

En los campos la situación era extremadamente complicada y confusa. La Revolución había ofrecido la tierra a los campesinos, pero prohibió que éstos se apoderarán de ella hasta la reunión de la Asamblea Constituyente. Los campesinos aguardaron pacientemente al principio; cuando dieron señales de actividad, el Gobierno de coalición apeló a medidas represivas. La reunión de la Asamblea Constituyente era una perspectiva cada día más remota. La burguesía se empeñaba en que la Asamblea Constituyente fuese convocada después de la paz. Pero las masas campesinas se impacientaban cada vez más. Se cumplían las predicciones que habíamos hecho en los primeros días de la Revolución. Efectivamente, los campesinos se apoderaban por la fuerza de las propiedades. Cada día eran más frecuentes y más se-

veras las medidas de represión. Muchos miembros de los Comités revolucionarios de campesinos estaban en la cárcel. Kerensky había proclamado el estado de sitio en algunos distritos. Los delegados de las aldeas empezaron a presentarse en Petrogrado y se quejaban de que eran perseguidos por aplicar el programa del Soviet sobre el reparto de las tierras. Y solicitaban nuestra protección. Nosotros respondíamos que sólo sería posible hacer algo en su favor cuando el poder estuviese en nuestras manos. La situación era tal, que para impedir la degeneración de los Soviets en centros de discusión académica, teníamos que esforzarnos por llegar al poder.

Nuestros amigos más moderados nos decían que era absurdo emprender la campaña mes y medio o dos meses antes de que se reuniese la Asamblea Constituyente; pero nosotros no estábamos infestados del fetichismo asambleísta. En primer lugar, nadie nos garantizaba que la Asamblea Constituyente fuese convocada, pues la desorganización del Ejército, la deserción en masa que teníamos a la vista, el caos del reparto de subsistencias y la revolución agraria creaban una atmósfera muy poco propicia para las elecciones. Además, aunque esas elecciones pudieran hacerse, la entrega de Petrogrado a los alemanes constituía una amenaza que hacía imposible la convocatoria. En segundo lugar, aun reunida la Asamblea Constituyente, bajo la dirección de los viejos partidos, no podía ser otra cosa que una reunión protectora y confirmadora del principio coalicionista. Ni los socialistas revolucionarios ni los mencheviques, eran capaces de imponer su autoridad, a menos que lo hiciesen apoyados por la burguesía.

III

¡Todo el poder para los Soviets!

Este era el grito de guerra de nuestro partido.

Poco antes, esto había significado autoridad completa para los socialistas revolucionarios y mencheviques, contra la idea de coalición y de participación con la burguesía liberal. Pero en noviembre de 1917, nuestra demanda implicaba ya la completa supremacía del proletariado revolucionario, bajo la jefatura del partido bolchevique. La cuestión en debate era la dictadura de la clase obrera, que dirigía, o más bien, que era capaz de dirigir a los millones de individuos que forman la paupérrima población de los campos. Esta fue la significación histórica del levantamiento de noviembre.

Desde los primeros días de la Revolución habíamos insistido en la necesidad y en la inevitabilidad de que toda la autoridad pública pasase a los Soviets. La mayoría de éstos adoptó nuestro punto de vista, e hizo suya la demanda, no sin una inmensa lucha interna.

Nos aprestábamos para el segundo Congreso de todos los Soviets, en el que esperábamos obtener una completa victoria. El Comité Ejecutivo Central estaba dirigido por Dan, pues el cauto Cheidze se fue al Cáucaso oportunamente y el Comité hizo todo lo posible para impedir la reunión del Congreso de Soviets. Después de grandes esfuerzos, apoyados por el

grupo sovietista de la Confederación Democrática, obtuvimos finalmente que se fijase día para la reunión de nuestro Congreso: el 7 de noviembre, fecha para siempre memorable en la historia de Rusia, y la más grande de todas.

Como medida preliminar, convocamos en Petrogrado una Conferencia de los Soviets de las provincias del norte, en la que tomaron parte la flota del Báltico y el Soviet de Moscú. En esta Conferencia tuvimos mayoría. La derecha, que estaba formada por el ala izquierda de los socialistas revolucionarios, también nos apoyó. Así iniciamos el levantamiento de noviembre.

IV

Pero antes de esto, y antes de la Conferencia de los Soviets del norte, había ocurrido algo que debía influir considerablemente en la próxima política.

A mediados de octubre se presentó en una sesión del Comité Ejecutivo un representante sovietista agregado al Distrito Militar de Petrogado, y nos dijo que el Cuartel General pedía el envío a las trincheras de dos tercios de la guarnición de la capital. ¿Cuál era el objeto de esta medida? ¡La defensa de Petrogrado! La orden no debía efectuarse inmediatamente, pero era necesario hacer los preparativos del caso. El Distrito Militar pedía que el Soviet de Petrogrado diese su aprobación a la medida. Nosotros aguzamos el oído. Ya a fines de agosto, cinco regimientos revolucionarios habían sido sacados de la capital por indicaciones del entonces comandante general Kornilov, quien a la sazón preparaba su División Caucásica de **salvajes** para apoderarse de la ciudad revolucionaria.

Sabíamos, pues, por experiencia lo que significaba una redistribución de fuerzas, realizada con el pretexto de operaciones militares. No es ocioso anticipar aquí que según documentos auténticos, caídos en nuestro poder después de la Revolución de noviembre, la proyectada evacuación parcial de Petrogrado era absolutamente ajena a las operaciones militares y se imponía al comandante general Dujonin, contra la voluntad de éste, y nada menos que por

el propio Kerensky, ansioso de ver la ciudad libre de soldados revolucionarios, es decir, de individuos que eran personalmente hostiles al dictador.

Pero a mediados de octubre esto no se sabía, y nuestras sospechas provocaron una tempestad de indignación patriótica. La Comandancia de las armas nos dirigía amenazas apremiantes; Kerensky estaba muy impaciente, porque sentía que el suelo se hundía bajo sus pies. Nosotros no nos dábamos prisa en responder. Cierto que Petrogrado corría peligro, y la terrible cuestión de su defensa nos preocupaba extraordinariamente. Pero después de lo acaecido en los días de Kornilov, y después de las palabras de Rodzianco sobre la ocupación temporal de la ciudad por los alemanes, ¿quién nos garantizaba que Petrogrado no sería entregada al enemigo, como una sanción penal por su espíritu de rebeldía?

El Comité Ejecutivo no consentía en autorizar el envío de dos tercios de la guardia de Petrogrado sin examinar antes detenidamente el asunto. Pedíamos pruebas de la realidad del fundamento en que se apoyaba la demanda, y que se crease un organismo capaz de estudiar los hechos. Así nació la idea de establecer, junto a la Sección de los Soldados de los Soviets, es decir, junto a la representación política de la guarnición, un órgano puramente activo, o sea el Comité Militar Revolucionario que posteriormente adquirió un poder enorme y fue prácticamente el instrumento de la Revolución de noviembre. Cuando propusimos la creación de un órgano que concentrara la dirección militar de la guarnición de Petrogrado, nos dimos cuenta de que forjábamos un arma revolucionaria de valor inapreciable. Ya en aquellos momentos íbamos deliberadamente, y sin

ocultarlo, hacia el levantamiento, y nos organizábamos con ese fin.

La apertura del Congreso de los Soviets se había fijado para el día 7 de noviembre, y ya no cabía duda que la Asamblea se declararía partidaria de la entrega del poder a los Soviets. Pero había que poner en práctica la resolución, para que ésta no fuese una simple frase sin sentido.

La lógica de la situación parecía indicar que nuestro alzamiento se efectuase el 7 de noviembre. Los periódicos burgueses lo creían así. Pero la suerte del Congreso dependía en primer lugar, de la guarnición de Petrogrado. ¿Permitiría ésta que el Congreso fuese rodeado por Kerensky, con algunos centenares o millares de oficiales y sargentos, con batallones de toda confianza? ¿El mero hecho de pretender que la ciudad fuese desocupada, no era el indicio más cierto de que el Gobierno preparaba la disolución del Congreso de los Soviets? Lo contrario hubiera sido muy extraño, ya que nuestra movilización se hacía públicamente, a la faz del país, reuniendo las fuerzas de todos los Soviets para asestar el golpe de muerte a la coalición.

A esto se debió que el conflicto lo provocara la cuestión de las tropas de Petrogrado. Desde luego, los soldados tenían mucho interés en el asunto; pero no era menor el de los obreros, pues una vez fuera de la ciudad aquéllos, los cosacos y oficiales caerían con todas sus fuerzas sobre las masas revolucionarias. El conflicto se acercaba a su fase decisiva, y la forma en que se había planteado ofrecía un aspecto muy desfavorable para Kerensky.

Paralelamente al problema de la guarnición, se desarrollaba la lucha por la convocatoria del Congre-

so de Soviets. Nosotros proclamábamos abiertamente en nombre del Soviet de Petrogrado y en nombre de la Conferencia de los Soviets del Norte, que el Segundo Congreso liquidaría el Gobierno de Kerensky y se adueñaría de Rusia. El levantamiento se había iniciado ya, y se desarrollaba en todo el país.

Durante el mes de octubre, ésta fue la cuestión principal entre todas las que tramitaba nuestro partido. Lenin, oculto en Finlandia, escribía frecuentemente, e insistía en que se adoptase una táctica más audaz. La fermentación aumentaba en las filas y el descontento crecía, porque el pueblo no veía realizadas las fórmulas del partido bolchevista, a pesar de que éste contaba con la mayoría en los Soviets.

El día 28 de octubre hubo reunión secreta del Comité Central de nuestro partido. Lenin estuvo presente. La cuestión del levantamiento figuraba en la orden del día. Por gran mayoría, con sólo dos votos en contra, se decidió que el levantamiento armado era el único medio de salvar la Revolución y el país. Los Soviets deberían adueñarse de la autoridad suprema.

El Consejo Democrático

I

Hijo de la Conferencia Democrática, el Consejo Democrático fue el heredero de la impotencia de ésta. Los antiguos partidos sovietista, socialista-revolucionario y menchevique, habían conquistado una mayoría artificial en el Consejo, y no les servía para poner de manifiesto su invalidez política. Desde bastidores, Tsereteli tenía negociaciones muy complicadas con Kerensky y con los representantes de los **elementos acomodados**, como se les llamaba en el Consejo, para evitar el término **burgués**, conceptuado como insultante. El informe de Tsereteli sobre el progreso y resultados de aquellas negociaciones, parecía la oración fúnebre pronunciada junto a la tumba de la Revolución. Aparecía claramente que ni Kerensky, ni los elementos acomodados se avenían a aceptar el principio de responsabilidad ante el nuevo cuerpo semirrepresentativo.

Era imposible encontrar **hombres prácticos** fuera del partido cadete. Los organizadores de la empresa tuvieron que capitular en ambos puntos, hecho tanto más significativo cuanto que la Conferencia Democrática había sido convocada precisamente para poner fin al régimen de irresponsabilidad, y la Asamblea había rechazado toda coalición con los cadetes.

En las últimas reuniones de las pocas que tuvo el Consejo Democrático, antes de la nueva Revolución, había una atmósfera irrespirable, de impotencia

y desconfianza. El Consejo no reflejaba los progresos de la Revolución, sino la disolución de los partidos que la Revolución había dejado atrás.

Ya había planteado yo en el seno de nuestro partido la cuestión de abandonar ostensiblemente la Conferencia y de pronunciar la exclusión del Consejo Democrático. Era preciso poner de manifiesto ante las masas que los coalicionistas habían llevado la Revolución al fondo de un callejón sin salida. La lucha en pro de la formación de un Gobierno sovietista sólo sería posible por métodos revolucionarios. Se imponía arrancar la autoridad de manos de los que se habían mostrado incapaces de retenerla y ya iban perdiendo aptitud hasta para hacer daño.

Nuestro método político debía consistir en la movilización de fuerzas en torno de los Soviets y en el levantamiento armado, para contrarrestar el método de nuestros adversarios, que los llevaba al Parlamento Provisional, arteramente seleccionado, y a una problemática Asamblea Contituyente.

El programa que yo proponía sólo podía realizarse rompiendo abierta y públicamente con el organismo creado por Tsereteli y sus amigos, y concentrando toda la atención y la fuerza de las clases obreras en las organizaciones sovietistas.

Por esto propuse la salida aparatosa de la Conferencia Democrática, y la agitación revolucionaria en fábricas y cuarteles, para que no se adulterase la voluntad revolucionaria y se impidiese la pretendida fusión con la burguesía.

Lenin opinaba en el mismo sentido que yo, según carta suya que recibimos pocos días después. Pero los jefes del partido revolucionario vacilaban. Las jornadas de julio habían dejado una impresión muy

profunda en los ánimos de nuestros correligionarios. Los obreros y soldados habían logrado reponerse del efecto moral producido por la represión mucho antes que nuestros compañeros. Estos creían, en efecto, que otra tentativa prematura daría ocasión para que el adversario destruyese la fuerza revolucionaria.

Cuando fuimos a la Conferencia Democrática, yo obtuve cincuenta votos para la proposición que condenaba toda participación en el Consejo Democrático, y hubo setenta votos en contra. Pero la experiencia de lo que era el Consejo robusteció el ala izquierda del partido. Parecía de todo punto evidente que el método de transacciones, cuyo fin era dar la dirección revolucionaria a las clases acomodadas, asistidas de los coalicionistas, ya sin eco entre las masas, no era el mejor procedimiento para salir del embrollo en que nos habían metido los demócratas de la pequeña burguesía.

Cuando el Consejo Democrático, reforzado con representantes de las clases adineradas, se transformó en **Parlamento Provisional,** ya nuestro partido estaba maduro para la ruptura.

II

La cuestión entonces era saber si nos seguirían los socialistas revolucionarios de la izquierda. Este grupo estaba en período de formación, lo que desde nuestro punto de vista significaba lentitud y vacilaciones. Durante el primer ímpetu de la Revolución, el partido socialista revolucionario era el más fuerte de todos. Los campesinos y soldados, y aun la gran mayoría de los obreros votaban por los socialistas revolucionarios. Como esta popularidad era inesperada para los mismos que disfrutaban de ella, más de una vez pareció que el partido estaba a punto de naufragar entre los oleajes de su victoria. Todo el mundo quería alistarse bajo las banderas de los socialistas revolucionarios, salvo, naturalmente, los capitalistas, los grandes terratenientes y los intelectuales de alta posición. Eso pasaba durante el primer período de la Revolución, cuando las diferencias de clases no estaban muy marcadas aún, cuando la aspiración común a la unificación del frente hallaba expresión en el programa nebuloso de un partido dispuesto a amparar las reivindicaciones de la clase obrera, temerosa de perder el contacto con los campesinos; de éstos, que pedían tierra y libertad; de los intelectuales, deseosos de la jefatura de ambas clases, y de los elementos oficiales, empeñados en adaptarse al nuevo orden de cosas. En los tiempos del zarismo, Kerensky estuvo afiliado al Partido del Trabajo, y después de la victoria alcanzada por la Revolución, entró en el de los socialistas

revolucionarios, aumentando así la popularidad de este grupo, pues Kerensky parecía avanzar hacia el poder. Muchos generales y coroneles, por adhésión al ministro de la Guerra, inscribieron sus nombres en el partido de los que habían sido llamados terroristas. Los viejos socialistas revolucionarios, que pertenecían a la escuela de los intransigentes, comenzaron a sentirse cohibidos en compañía de tantos socialistas revolucionarios **de marzo,** es decir, de socialistas revolucionarios que anochecieron conservadores y amanecieron revolucionarios.

El partido contenía en su masa amorfa no sólo las contradicciones internas propias del desenvolvimiento revolucionario, sino las de los prejuicios de las atrasadas masas campesinas y las del sentimentalismo, inestabilidad y ambición de los intelectuales. El partido no podía perdurar con aquellos elementos.

Desde el punto de vista de las ideas, su dependencia fue manifiesta a partir del día en que se le organizó.

En la iniciación revolucionaria del país, el papel principal fue el de los mencheviques. Estos hombres habían pasado por la escuela marxista, y sacaron de ella ciertos métodos y ciertos hábitos de que se valieron para sortear las dificultades políticas, adulterando **científicamente** el sentido real de la lucha de clases al grado de obtener, hasta donde esto era posible dentro de las nuevas condiciones. la supremacía del liberalismo burgués. Tal fue la causa de que se gastaran tan pronto, pues se convirtieron en verdaderos abogados del derecho de la burguesía al ejercicio del poder. En los días de la Revolución de noviembre, ya el menchevismo era una mera expresión política.

Por su parte, los socialistas revolucionarios perdían rápidamente su influencia, primero, entre los obreros y, finalmente, en los campos. Sin embargo, la Revolución de noviembre los encontró muy fuertes por el número, y con una apariencia de dominio que desmentían los antagonismos internos. El ala derecha, en la que preponderaban patrioteros del tipo de Catalina Breshko-Breshkovskaya y Boris Savinkov, acabó por adherirse a los contrarrevolucionarios. En cambio, empezó a formarse un ala izquierda que hacía lo posible por mantenerse en contacto con las clases trabajadoras. Si tenemos en cuenta que el socialista revolucionario Avksentiev, ministro de la Gobernación, ordenaba que fuesen detenidos los miembros de los Comités de Campesinos, compuestos casi exclusivamente de socialistas revolucionarios, por realizar el reparto de tierras, veremos hasta qué grado de desorganización había llegado ese partido.

Chernov, jefe tradicional del partido, ocupaba el centro. Escritor experto, muy conocedor de la literatura socialista, habilísimo en la táctica de las luchas políticas, él asumió siempre la jefatura del partido mientras la vida de éste se redujo a la actividad de los expatriados. La Revolución, que durante su primer movimiento impulsivo había elevado a los socialistas revolucionarios hasta una altura increíble, automáticamente levantó también a Chernov, pero sólo para poner de manifiesto su completa incapacidad, aun entre los personajes del período a que me refiero. Las cualidades secundarias que aseguraron la preponderancia de Chernov durante la expatriación, eran demasiado insignificantes para la época revolucionaria. Se abstuvo de adoptar resoluciones que lo comprometiesen, evitó las ocasiones críticas, fue un perpetuo contem-

porizador, y rehuyó toda acción decisiva. Esta táctica negativa le aseguró el dominio de una zona neutral, entre los dos extremos, que cada vez se distanciaban más y más. Pero la unidad del partido era ya imposible, Savinkov, el antiguo terrorista, se había complicado en la tentativa de Kornilov, y estaba en los mejores términos con los círculos contrarrevolucionarios de los oficiales cosacos. Preparaba un golpe de muerte contra los soldados y obreros de Petrogrado, entre los cuales había algunos miembros de la izquierda socialista revolucionaria. En obsequio de la izquierda, el centro expulsó del partido a Savinkov, pero este mismo centro no dio ni un solo paso para combatir a Kerensky.

En el **Parlamento Provisional** el partido se mostraba incoherente hasta lo inverosímil. Los tres grupos que lo constituían obraban con absoluta independencia, aunque se agrupaban bajo la misma bandera. La verdad era que ninguno de aquellos grupos tenía noción clara de lo que se proponía. El predominio del partido en la Asamblea Constituyente, habría significado la continuación de una política estéril.

III

Antes de abandonar el **Parlamento Provisional,** en donde teníamos apenas cincuenta votos, según la estadística de Kerensky y Tsereteli, organizamos una reunión y en ella solicitamos el concurso de la izquierda socialista revolucionaria. No fuimos atendidos, pues aquel grupo alegaba que era necesario demostrar a la clase campesina la inutilidad del Parlamento y que tal demostración no podía hacerse sino por medio de una experiencia práctica.

"Nuestro deber es advertiros —dijo uno de los jefes— que si vais a abandonar el Parlamento Provisional para salir a la calle, y emprender la lucha de barricadas, no os seguiremos."

En efecto, la Prensa burguesa y coalicionista nos acusaba de intentar una ruptura con el único fin de crear una situación revolucionaria. No aguardamos, pues, a los socialistas revolucionarios, y resolvimos obrar con toda independencia. La declaración que hizo nuestro partido en la tribuna del Parlamento Provisional para explicar nuestra separación de aquel cuerpo, fue recibida con gritos de execración y rabia impotente. En cambio, cuando la dimos a conocer en el Soviet de Petrogrado, éste la aprobó por imponente mayoría. Martov, jefe del pequeño grupo de mencheviques **internacionalistas,** sostuvo que nuestra salida del Consejo provisional de la República, nombre oficial de la desacreditada institución, sería comprensible en el

caso de que nos propusiéramos pasar inmediatamente a la ofensiva contra el Gobierno actual, y no de otro modo. Era precisamente lo que nosotros queríamos hacer. Los agentes de la burguesía liberal acertaban al acusarnos de tendencias revolucionarias, pues la única salida que veíamos para aquella situación desesperada, era el alzamiento en armas y la toma de posesión del poder público.

Llegaban delegados de las trincheras y nos decían:

—¿Cuánto tiempo va a durar esta situación? Los soldados nos facultan para declarar que si el 15 de noviembre no se ha tomado una determinación en la cuestión de la paz, abandonarán las trincheras.

Efectivamente, esa resolución había sido adoptada en todo el frente. De mano en mano y de sector en sector, corrían las proclamas escritas por los mismos soldados, en las que se ponía como límite máximo la caída de las primeras nieves.

Y los delegados del Ejército agregaban:

—Nos habéis olvidado por completo. Si no encontrais una resolución satisfactoria, vendremos con las bayonetas caladas, no sólo para atacar a nuestros enemigos, sino también a vosotros.

Pocas semanas después, el Soviet de Petrogrado, en donde tales cosas pasaban, era el centro de atracción de todo el Ejército.

El Consejo Militar Revolucionario

I

He mencionado ya la formación de un Comité Militar Revolucionario, dependiente del Soviet de Petrogrado, que, según nuestros cálculos, sería la Comandancia Sovietista de la guarnición, para contrarrestar la acción de la Comandancia de Kerensky.

Los doctrinarios del coalicionismo decían que no podía haber dos Comandancias Generales. Nosotros respondíamos en estos términos: "¿Podría tolerarse una situación en que la guarnición desconfiara de la Comandancia temiendo que la remoción de tropas obediciese a un plan contrarrevolucionario?" A esto nos replicaban que la creación de una nueva Comandancia era una insurrección declarada, pues el Comité Militar Revolucionario podría tener por objeto, no ya el examen de las intenciones de las autoridades militares, sino la preparación y ejecución de un levantamiento contra el Gobierno.

El argumento era incontestable, pero precisamente por serlo estábamos impasibles. Una aplastante mayoría del Soviet consideraba necesario derrocar al Gobierno de coalición. Mientras más convincentes fueran las demostraciones de los mencheviques y socialistas revolucionarios sobre el carácter amenazador del Comité Militar, más seguro sería el apoyo del Soviet al nuevo organismo.

Lo primero que el Comité Militar hizo fue nombrar comisionados en todas las secciones de la guarni-

ción de Petrogrado y en las instituciones más importantes de la capital y de los suburbios.

Entretanto, supimos que el Gobierno, o más bien que los partidarios del Gobierno estaban organizando fuerzas. Acudían a los depósitos de armas oficiales y particulares para sacar fusiles, pistolas, ametralladoras y cartuchos que repartían entre los estudiantes y empleados, y, en general, entre los jóvenes de la burguesía. Consideramos, pues, urgente tomar una medida que se anticipase a sus planes. Nombramos comisionados que se incautaron de los depósitos de armas y municiones y nos hicimos dueños de la situación sin que nadie nos opusiese resistencia. Cierto que los comandantes encargados del resguardo de los almacenes y los dueños de las armerías, pretendieron desconocer la autoridad de nuestros comisionados; pero bastó que éstos apelasen al Comité Militar o hiciesen una breve explicación a los propietarios para que cesase toda resistencia. La entrega de armas quedó de este modo bajo la dependencia directa de nuestros agentes.

Después del Congreso de Soviets, reunido en junio, y particularmente después de la manifestación del 1º de julio, con la que patentizamos la fuerza del bolchevismo, los partidos de coalición habían segregado el Soviet de la capital, a fin de que no influyese en los asuntos de la ciudad revolucionaria. Comenzaron por confiar al Ejecutivo Central todos los asuntos que se relacionaban con la guarnición. Por esto no fue fácil la distribución de los comisionados sovietistas, y si pudo realizarse fue gracias a la cooperación de las masas armadas. Uno tras otro, los regimientos declararon que sólo reconocerían a los agentes del Soviet de Petrogado, y que no darían un solo paso

sin la sanción de estos agentes. La declaración se hizo después de reuniones en las que hablaron oradores de todos los partidos.

El organismo militar de los bolcheviques tomó una participación muy directa en el nombramiento de los agentes comisionados. Tal obra no hubiera sido posible sin la propaganda hecha por aquel organismo antes de las jornadas de julio. Debe recordarse que el 18 del citado mes, el batallón de Ciclistas, llevado a la capital por Kerensky, atacó la villa de la señorita Krzeszinka, donde tenía sus oficinas nuestro centro militar. Fueron aprehendidos casi todos los jefes y muchos miembros inferiores del centro militar bolchevista, los papeles cayeron en manos de la fuerza enemiga y se destruyeron las prensas. El partido no volvió a tener medios de propaganda hasta que pudo instalar prensas ocultas mucho tiempo después.

El organismo militar a que vengo refiriéndome se componía de unos cuantos centenares de individuos pertenecientes a la guarnición de Petrogrado, pero había entre ellos muchos jóvenes oficiales y soldados de ánimo resuelto y absolutamente adictos a la Revolución. Se distinguían sobre todos ellos los aspirantes a quienes Kerensky tuvo presos en los días de julio y agosto. El Comité Militar Revolucionario tenía plena confianza en estos elementos, y les dio los puestos de mayor importancia para los fines de la propaganda.

Precisamente los miembros del organismo militar bolchevista fueron los más cautos cuando se trató del levantamiento de noviembre, y aun se mostraron escépticos respecto de los resultados. Teniendo un carácter exclusivamente militar, aquel organismo se in-

clinaba involuntariamente a poner sobre todo los medios técnicos de la insurrección, y no podía negársele que desde este punto de vista nuestra situación era débil. Nuestra fuerza consistía en el espíritu revolucionario de las masas y en su resolución de luchar bajo nuestras banderas.

II

Junto a la obra de organización, proseguía sin descanso la de agitación. Había reuniones frecuentes en las fábricas, en el Circo Moderno y en el de Ciniselli, en los centros políticos y en los cuarteles. La atmósfera de esas reuniones estaba cargada de electricidad. La palabra insurrección era saludada con tempestades de aplausos y gritos de aprobación.

El estado de alarma pública se intensificaba más aún por la propaganda de la Prensa burguesa. La orden que yo expedí para que la Fábrica de Armas de Sestroretski entregase 5.000 fusiles a la Guardia Roja, sembró el pánico en la burguesía. De viva voz y por escrito se anunciaba una matanza general preparada por el bolchevismo. Esto, como es de suponer, no impedía que los obreros de la Fábrica Sestroretski diesen armas a la Guardia Roja. Mientras más furiosamente rugía la Prensa burguesa, las masas acudían con mayor entusiasmo a nuestro llamamiento.

Ambos bandos veían más claramente cada día que se aproximaba el instante decisivo. La Prensa menchevista y socialista revolucionaria estaba frenética. Todos sus órganos repetían: "¡La Revolución corre un peligro inminente! Se prepara una repetición de los días de julio, en escala mucho mayor, cuyos resultados serán incalculablemente ruinosos."

En su periódico **Novaya Zizn (Nueva Vida)**, Gorki profetizaba diariamente el fin de la civilización.

Los intelectuales de la burguesía empezaban a encontrar muy pálido el rojo del socialismo y temblaban ante la proximidad de la rígida dictadura proletaria. Por su parte, los soldados, aun los de regimientos poco avanzados, aclamaban entusiásticamente a los agentes del Comité Militar Revolucionario.

La Comandancia del distrito militar de Petrogrado abrió negociaciones con nosotros y nos propuso una transacción. Aceptamos las pláticas, aunque sólo para tener una idea de la fuerza con que contaba el adversario. No nos fue difícil advertir que la Comandancia estaba con los nervios muy excitados, pues pasó de las admoniciones a las amenazas, y acabó por declarar que nuestros agentes eran ilegales, lo que, por lo demás, no impedía la obra a que estaban consagrados. Después de todo esto, el Comité Ejecutivo Central, de acuerdo con la Comandancia de Petrogrado, nombró al capitán Malevsky, Comisionado superior de la guarnición, y consintió en reconocer a nuestros comisionados, siempre que se sometiesen a la autoridad de Malevsky. Rechazada esta propuesta, las negociaciones quedaron rotas, y no se reanudaron, aunque se empeñaron en ello muchos eminentes socialistas revolucionarios y mencheviques, de quienes recibimos oficiosas advertencias, unas veces amenazadoras y otras en tono persuasivo, en las que predominaba la nota pesimista sobre el próximo fin de la Revolución.

El Soviet de Petrogrado

I

Ya estaba en poder del Soviet de Petrogrado y de nuestro partido el edificio Instituto Smolny. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios de la derecha se habían trasladado al palacio Marie, en donde agonizaba el recién nacido Parlamento Provisional.

Kerensky pronunció un gran dicurso en esta Asamblea. Con frases histéricas, recibidas con aplausos atronadores por la burguesía, quiso ocultar la impotencia del régimen que presidía.

La Comandancia Militar hizo una tentativa suprema. Dirigiéndose a varias unidades de la guarnición, las invitó a que nombrasen delegados, a razón de dos por cada unidad, con el fin de discutir la salida de las tropas. Esta Conferencia debía efectuarse el 4 de noviembre, a la una de la tarde.

Los regimientos nos dieron cuenta de la invitación. Nosotros convocamos entonces telefónicamente una junta de la guarnición de Petrogrado, para las once de la mañana. Hubo quien acudió a la Comandancia, pero sólo para declarar que sin permiso del Soviet las tropas no darían un sólo paso fuera de la ciudad. La junta de la guarnición reafirmó unánimemente su lealtad al Comité Militar Revolucionario. La única oposición que encontramos procedía de los antiguos grupos sovietistas, pero no tuvieron eco entre los delegados de los regimientos. En suma: la

tentativa de la Comandancia sirvió sólo para demostrarnos que pisábamos sobre terreno firme. Llamó la atención que entre los más animosos partidarios nuestros figurase el regimiento de Volinia, que en la noche del 16 al 17 de julio había marchado con música y banderas para disolver a los bolcheviques en el Palacio de Táurida.

El Comité Ejecutivo Central se había apoderado de los fondos y prensa del Soviet de Petrogrado. Todos los esfuerzos que hicimos por recuperarlos resultaron inútiles. En vista de ello, a mediados de octubre comenzamos a dar los pasos necesarios para fundar un periódico independiente, órgano del Soviet. Ocupadas como estaban todas las imprentas, no teníamos acceso a ellas.

Para resolver la situación, fijamos un **Día del Soviet,** en el que haríamos amplia propaganda y colectaríamos fondos destinados a la publicación de nuestro periódico. Ese acuerdo se tomó a mediados de octubre, y la fecha señalada fue el 4 de noviembre. Así coincidó ésta con los rumores públicos acerca del movimiento próximo a estallar. La Prensa enemiga decía que en noviembre saldrían a la calle los bolcheviques armados. Nadie lo dudaba, y lo único que se discutía era la fecha. Por más esfuerzos que se hicieron para llegar a una predicción exacta a fin de arrancarnos la confesión o la negativa, todo fue inútil. El Soviet seguía su marcha con serenidad y confianza, sin parar mientes en los rugidos de la opinión burguesa.

El 4 de noviembre fue el día de revista de las fuerzas del ejército proletario. Las horas de ese día transcurrieron espléndidamente en todos sentidos. No obstante las advertencias de la derecha, que hablaban de ríos de sangre en las calles de Petrogrado,

todo el mundo tomó parte en la reunión del Soviet. Hicimos uso de toda nuestra fuerza oratoria. El público era numerosísimo, y las reuniones duraron largas horas. Además de los oradores de nuestro partido hablaron los delegados que llegaban de todo el país para tomar parte en el Congreso de los Soviets. No faltaban representantes del ejército en campaña, y aun hubo discursos de los socialistas revolucionarios y de los anarquistas. Las salas estaban atestadas de obreros y soldados. Pocas veces se había visto en Petrogrado tanta animación.

Una gran parte de la pequeña burguesía estaba singularmente inquieta. Si no la asustaba lo que veía, la desazonaban los vaticinios de la prensa burguesa. Millares de individuos se agolpaban frente al Palacio del Pueblo, penetraban por los corredores y llenaban las salas. En las columnas colgaban racimos de gentes, como racimos de uvas. La atmósfera estaba estremecida por corrientes eléctricas, semejantes a las de los días más críticos de toda revolución.

¡Muera el gobierno de Kerensky!

¡Viva la paz!

¡Viva el gobierno sovietista!

Tales eran los gritos que resonaban en el edificio.

No había un sólo partidario de los antiguos grupos, que se atreviera a afrontar las iras de aquella manifestación colosal. El triunfo del Soviet de Petrogrado era único. En realidad, la campaña había terminado. Sólo faltaba dar el golpe de gracia al fantasma del gobierno.

II

Algunos amigos nos advertían cautamente que ciertas unidades del ejército estaban fuera del movimiento. Citaban a los Cosacos, al regimiento de Caballería, a los guardias de Semenov y al regimiento de Ciclistas. En seguida les enviamos agentes de propaganda y comisionados. Los informes que nos dieron eran de lo más satisfactorio. La atmósfera caldeaba los espíritus. Los elementos más tranquilos del ejército no podían resistir la influencia de la guarnición de Petrogrado.

Yo mismo asistí a una reunión del regimiento de Semenov, cuerpo que era considerado una de las columnas del gobierno de Kerensky. Allí estaban también algunos de los oradores más elocuentes de la derecha, tratando de fortalecer el espíritu del regimiento, la última esperanza del ministerio de coalición. Pero todo fue inútil. El regimiento se declaró en nuestro favor por una mayoría sorprendente. No permitió siquiera que los ministros acabaran su discursos.

Los principales enemigos de las nuevas reivindicaciones eran los oficiales, los voluntarios y los intelectuales. Los obreros y campesinos estaban completamente con nosotros. Era fácil trazar la línea divisoria. Una línea sin sinuosidades.

La base militar de Petrogrado es la fortaleza de Pedro y Pablo. Para que mandara esa posición nom-

bramos a un joven oficial que muy pronto se mostró digno de aquel puesto. En un sólo día se hizo dueño de la situación. La guarnición de la legalidad quedó a un lado, y asumió una actitud espectativa.

Por las razones que ya he dado, el regimiento de Ciclistas era considerado por nosotros como una unidad sospechosa. El 5 de noviembre, a las dos de la tarde, fui a la fortaleza. Había una reunión en el patio. Los oradores de la derecha hablaban con mucha cautela, evitando toda alusión a Kerensky, cuyo nombre levantaba gritos de indignación y protesta, hasta entre los soldados. Cuando hablamos nosotros, se nos escuchó con muestras de adhesión.

A las cuatro de la tarde, los ciclistas tuvieron una reunión en el Circo Moderno, que estaba cerca de la fortaleza. Entre los oradores figuraba el general Paradelov. Sus palabras fueron también muy mesuradas. Habían pasado los días en que los oradores oficiales o semioficiales aprovechaban cualquiera ocasión que se les presentara para llamarnos traidores al servicio del Kaiser. El primer ayudante de la comandancia se acercó a mí para decirme: "¿Por qué no llegamos a un arreglo?" Ya era demasiado tarde Después del debate, todo el batallón, con sólo treinta votos en contra, se declaró en favor del partido sovietista.

III

El gobierno de Kerensky iba buscando apoyo de un lado para otro. Llamó del frente dos batallones de ciclistas y una batería de morteros. Dio órdenes para aumentar su caballería.

Durante el camino, los ciclistas telegrafiaron al Soviet de Petrogrado: "Se nos lleva a esa capital. Ignoramos los fines de la orden. Sírvanse ustedes explicárnosla." Contestamos diciéndoles que detuvieran su marcha y que enviaran una delegación. Al llegar ésta, sus miembros declararon en la junta del Soviet que el batallón estaba de nuestra parte. El entusiasmo aumentó, naturalmente, y se ordenó que el batallón entrara inmediatamente en la ciudad.

El número de delegados del frente engrosaba de día en día. Se informaban de la situación, recibían folletos de propaganda y volvían al frente, en donde daban a conocer los esfuerzos del Soviet de Petrogrado para que el Gobierno pasara a poder de los obreros, soldados y campesinos.

"Las trincheras os apoyan." Tal era la seguridad que nos daban las delegaciones.

Entretanto, los antiguos Comités del Ejército, reelectos hacía cuatro o cinco meses, enviaban telegramas amenazadores. Pero nadie les daba importancia. Sabíamos perfectamente bien que los Comités no estaban en contacto con las masas de soldados, y que se hallaban en el mismo caso del Comité Ejecutivo Central respecto de las asambleas sovietistas.

El Comité Militar Revolucionario envió agentes a todas las estaciones de ferrocarril para que inspeccionasen la entrada y salida de trenes y sobre todo para que se diesen cuenta del movimiento de tropas. Tenían comunicación constante, ya por teléfono, ya por medio de automóviles, con las ciudades inmediatas y sus guarniciones. Todo soviet unido al de Petrogrado debía impedir que la capital fuese ocupada por tropas contrarrevolucionarias o, por lo menos, adictas al Gobierno. Los empleados inferiores y los obreros de ferrocarril reconocían el carácter oficial de nuestros agentes.

El 6 de noviembre surgió un conflicto en la Central de Teléfonos. Se nos negó la comunicación que pedíamos. Los alumnos de la escuela militar se habían apoderado del edificio, y, protegidas por ellos, las empleadas se nos oponían. Esta fue la primera manifestación del futuro **sabotaje** que nos opusieron la oficialidad y la burocracia. El Comité Militar Revolucionario envió un destacamento a la Central de Teléfonos y colocó dos piezas de artillería ligera en la puerta del edificio. Así empezó el asalto a las oficinas públicas. Agrupamos pequeños destacamentos de marineros y Guardias Rojos en el Telégrafo, en el Correo y en otras oficinas, a la vez que dábamos los pasos necesarios para incautarnos del Banco del Estado.

El Centro Sovietista establecido en el Instituto Smolny, fue convertido en fortaleza. En el ático había veintitantas ametralladoras, legado del Comité Ejecultivo Central, que estaban abandonadas o poco menos, y cuyos encargados habían perdido toda disciplina. Llamamos otro destacamento de ametralladoras, y en las primeras horas de la mañana éstas rodaban

a lo largo de los pasillos del Instituto. Algunos mencheviques y socialistas-revolucionarios que estaban aún en el edificio, se asomaban por las rendijas de las puertas, entre sorprendidos y asustados.

El Soviet y la guarnición celebraban juntas cotidianas en el Instituto.

Un pequeño aposento del tercer piso, oculto en un rincón de los corredores, era el local donde se reunian los miembros del Comité Militar Revolucionario, y donde actualmente se hallaba éste en sesión permanente. Allí se recibían todas las noticias sobre los movimientos de tropas, el espíritu reinante entre soldados y obreros, los progresos de la propaganda en los cuarteles, las fechorías de los alborotadores, las conferencias de los políticos burgueses, la vida en el Palacio de Invierno y las intenciones de los antiguos partidos sovietistas. Todo lo sabíamos. Nuestros informantes eran obreros, oficiales, porteros de casas ricas, lacayos, y hasta señoras de la alta sociedad. Algunos de estos informantes traían cuentos ridículos; otros, datos de la mayor importancia.

El momento decisivo se aproximaba. Y lo que en él pasara sería irreparable.

En la noche del 5 de noviembre, Kerensky acudió al Parlamento Provisional y solicitó que se aprobasen una serie de medidas de represión contra los bolcheviques. Pero el Parlamento Provisional se hallaba en un estado de confusión lamentable, que llegaba a los límites de la disolución. Los cadetes apremiaban a los socialistas-revolucionarios de la derecha, para que aceptasen un voto de confianza; los socialistas-revolucionarios de la derecha hacían presión sobre el centro; el centro vacilaba; los socialistas-revolucionarios de la izquierda hacían una campaña de

oposición. Después de muchas conferencias, discusiones y vacilaciones, se adoptó la resolución del ala izquierda, condenando el movimiento sedicioso del Soviet, aunque se hacía pesar la responsabilidad sobre la política antidemocrática del Gobierno.

Diariamente nos llevaba el correo cartas en las que se nos informaba que estábamos condenados a muerte, que había muchas máquinas infernales, que el Instituto Smolny no tardaría en ser volado, que toda precaución por nuestra parte sería inútil, etc. La Prensa burguesa daba expresión a su odio y a su miedo en forma violentísima. Gorki, olvidando completamente el **Canto del Halcón,** anunciaba en su periódico **Novaya Zizn** la proximidad de la catástrofe.

Durante una semana entera no habían salido del Instituto Smolny los miembros del Comité Militar Revolucionario. Dormían a ratos, tendidos en sofás, y se les despertaba para que dieran audiencia a correos, exploradores, ciclistas y telegrafistas. Las campanillas del teléfono sonaban sin cesar.

La noche más agitada fue la del 6 al 7. De Pavlosk nos informaron por teléfono, que el Gobierno llamaba a los artilleros de este punto y a los alumnos de la Escuela Militar de Peterhoff. Kerensky estaba en el Palacio de Invierno, rodeado de oficiales, subalternos y bravucones. Dimos órdenes telefónicas para que se cubriesen los puntos de acceso a Petrogrado con destacamentos leales, y para que se hiciera una intensa agitación entre las tropas llamadas por el Gobierno. Si éstas no retrocedían, movidas por la persuasión, se acudiría al uso de la fuerza. Hablábamos por teléfono sin ocultar nuestros planes, y, naturalmente, eran conocidos por los agentes del Gobierno.

Tuvimos noticia de que las entradas de la capital estaban completamente resguardadas por nuestros partidarios. Los alumnos de la Escuela Militar de Oranienbaum, lograron atravesar nuestras líneas por la noche, pero lo supimos y nos fue fácil seguir sus movimientos por medio del teléfono. Como medida de precaución, llamamos a una compañía adicional para que se situase en las afueras del Instituto Smolny. Nuestra comunicación con las fuerzas de la guarnición no sufría interrupciones. Los regimientos eran vigilados por nuestros agentes. Cada unidad tenía constantemente una delegación a las órdenes del Comité Militar Revolucionario, tanto de día como de noche.

Había órdenes muy estrictas para reprimir toda manifestación de los "Cien Negros" y cualesquiera tentativas de **pogroms,** empleando la fuerza sin contemplaciones ni piedad. Durante las horas de la noche fueron pasando a nuestro poder los puntos más importantes de la ciudad, y nos adueñamos de ellos casi sin encontrar resistencia, sin lucha, sin sangre.

En el Banco del Estado había centinelas del Gobierno y un automóvil blindado; pero nuestros destacamentos rodearon el edificio, el automóvil cayó en nuestras manos por sorpresa, y el Banco quedó a disposición del Comité Militar Revolucionario, sin que fuera necesario disparar un solo tiro.

El crucero **Aurora** estaba en el Neva, abajo de los muelles de la Compañía Franco-Rusa, en reparaciones. No había a bordo otro resguardo que el de la marinería, enteramente adicta al movimiento revolucionario. Cuando en los últimos días de agosto, Kornilov amenazó a Petrogrado, los marineros del **Aurora** fueron llamados para que protegieran el Pa-

lacio de Invierno. Y, aun cuando eran extraordinariamente hostiles al Gobierno, consideraron un deber suyo repeler el movimiento contrarrevolucionario. Ocuparon, pues, el palacio sin una sola palabra de protesta. Pasado el peligro, se les hizo a un lado. En los días críticos de noviembre, su intervención podía ser muy peligrosa para el Gobierno; para evitarla se les ordenó abandonar las aguas de Petrogrado con el crucero. La tripulación nos comunicó la disposición del ministro de Marina, y nosotros dimos contraorden. El crucero estaba en espera de que se le llamase para poner todas sus fuerzas al servicio del Soviet.

Toma del Palacio de Invierno

I

Durante la madrugada del 7 de noviembre, los obreros de ambos sexos que trabajaban en la imprenta del partido acudieron al Instituto Smolny y nos participaron que el gobierno había mandado secuestrar nuestro periódico más importante y el nuevo órgano del Soviet de Petrogrado. Las puertas de la imprenta estaban selladas por disposición del gobierno. El Comité Militar Revolucionario dio inmediatamente la contraorden que correspondía, tomó ambos periódicos bajo su protección y encomendó al valiente regimiento de Volinia la alta honra de mantener la libertad de la prensa socialista, amparándola contra toda tentativa del adversario. Inmediatamente se reanudó el trabajo, y los dos periódicos salieron a la hora acostumbrada.

El Consejo de ministros proseguía en el Palacio de Invierno, pero allí no se veía sino una sombra de gobierno. Políticamente había dejado de existir. El 7 de noviembre las tropas sovietistas rodearon gradualmente el edificio. A la una de la tarde, yo, como representante del Comité Militar Revolucionario, anuncié en el Soviet que el gobierno de Kerensky había desaparecido, y que en espera de lo que resolviese el Congreso de los Soviets, la autoridad pública sería asumida por el organismo en cuyo nombre hablaba.

Lenin había salido de Finlandia pocos días antes y estaba oculto en un barrio obrero de los alrededores.

El mismo día 7 llegó secretamente al Instituto Smolny. Juzgando por las noticias de la prensa creía que habíamos llegado a una transacción con el gobierno de Kerensky. La prensa burguesa había gritado tanto en sus vaticinios de insurrección, los desfiles de soldados en las calles, el pillaje, los ríos de sangre y la confusión general, que no vio la insurrección cuando ésta se iba desarrollando. Presenció nuestras negociaciones con la Comandancia y las tomó en serio. Entretanto, sosegadamente, sin luchas callejeras, sin disparos ni sangre, las dependencias oficiales iban cayendo en nuestro poder y eran ocupadas por las fuerzas de soldados, marineros y Guardias Rojos, en los que dominaba una perfecta disciplina y que obedecían las órdenes telefónicas emanadas de un aposento oculto en el tercer piso del Instituto Smolny.

Por la noche, la segunda Asamblea sovietista tenía su sesión preliminar.

Dan presentó el informe del Comité Ejecutivo Central. Habló en términos duros contra los rebeldes, los usurpadores, los fautores de la agitación, y pretendió atemorizar a la Asamblea, prediciendo el fracaso inevitable de la insurrección, que en uno o dos días estaría aplastada por las tropas del frente. Sus palabras no persuadieron a nadie, y eran totalmente inadecuadas para una Asamblea que seguía con el mayor entusiasmo la marcha victoriosa del alzamiento de la guarnición.

A aquella misma hora el Palacio de Invierno estaba completamente rodeado, si no tomado. De vez en cuando salían disparos de las ventanas para rechazar a los sitiadores, que, lenta y cuidadosamente, cerraban el círculo de asedio. El Palacio recibió algunas

granadas de la fortaleza de Pedro y Pablo, y el ruido de las explosiones llegó al Instituto Smolny.

Martov, con impotente indignación, hablaba de guerra civil, y se refería especialmente al sitio del Palacio de Invierno, en donde había —¡horror de los horrores!— algunos miembros del partido menchevista. Dos marineros que acababan de llegar del teatro de los acontecimientos, y que ocuparon la tribuna para informar, hablaron contra Martov. Dijeron lo que tenían que decir sobre la ofensiva de julio, sobre la política pérfida del antiguo gobierno, sobre el restablecimiento de la pena de muerte para los soldados, sobre los presos, sobre la ocupación de oficiales revolucionarios, y acabaron declarando que no querían sino morir o vencer. Ellos fueron quienes nos dieron las noticias de las primeras víctimas pertenecientes a nuestro partido, que cayeron en la plaza del Palacio.

Todo el mundo se levantó como si un resorte hubiera movido a los concurrentes, y con unanimidad que sólo se manifiesta cuando hay una profunda intensidad moral de sentimientos, se entonó una marcha fúnebre. No la olvidará ninguno de los que allí estaban. La reunión acabó violentamente, pues era imposible seguir discutiendo de cuestiones teóricas de gobierno, oyendo los ecos de los disparos que atronaban en torno del Palacio de Invierno, donde se decidía la suerte de ese mismo gobierno cuya política estaba en debate.

La toma del Palacio, sin embargo, no fue cosa fácil. La indecisión de la lucha se comunicaba al espíritu de una parte de la asamblea. Los oradores de la derecha seguían vaticinando nuestra derrota. Todo el mundo aguardaba ansiosamente las noticias del Pa-

lacio de Invierno. Por fin llegó Antonov, el jefe de las operaciones. La sala quedó en profundo silencio. El Palacio de Invierno había sido tomado. Kerensky se había fugado. Los otros miembros del gobierno se hallaban presos en la fortaleza de Pedro y Pablo. Así acabó el primer capítulo de la Revolución de noviembre.

Los socialistas-revolucionarios de la derecha y los mencheviques, que formaban un total de sesenta personas, o sea la décima parte de la asamblea, abandonaron el salón en señal de protesta. No pudiendo hacer otra cosa, "arrojaban toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder" sobre los bolcheviques y sobre los socialistas revolucionarios de la izquierda. Estos últimos vacilaban aún. Su pasado los ligaba al partido de Chernov. La derecha de ese partido se confundía ya con la pequeña burguesía, con sus intelectuales y con los aldeanos acomodados Siempre que se presentaba una cuestión capital, este grupo se ponía al lado de la burguesía liberal, contra nosotros. Los elementos más revolucionarios del partido, que representaban las reivindicaciones sociales de los campesinos paupérrimos, se inclinaban hacia el proletariado y hacia los que le servían de órgano. Temían, sin embargo, cortar el cordón umbilical que los mantenía unidos al antiguo grupo. En los momentos de nuestra salida del Parlamento Provisional, se negaron a seguirnos, y nos previnieron contra el peligro de las aventuras. Pero la insurrección los obligaba a tomar una resolución, en pro o en contra del Soviet. Aunque con vacilaciones, fueron concentrando sus fuerzas en el mismo lado de la barricada que nosotros ocupábamos.

II

Fue completa la victoria en Petrogrado. El Comité Militar Revolucionario tenía en sus manos todas las riendas del poder.

Nuestros primeros decretos fueron: abolición de la pena de muerte, nueva elección de los Comités Militares y una serie de medidas de la misma índole.

Pero no tardamos en ver que estábamos aislados de las provincias. Los funcionarios superiores de los ferrocarriles, correos y telégrafos eran enemigos nuestros. Los antiguos comités del ejército, los Ayuntamientos y Zemstvos seguían enviando telegramas amenazadores al Instituto Smolny. Nos habían declarado la guerra y anunciaban que la rebelión sería sofocada en breve.

Nuestros telegramas, decretos y explicaciones no podían llegar a las provincias porque la Agencia Telegráfica de Petrogrado se negaba a trasmitirlos. En estas circunstancias era muy fácil la difusión de rumores fantásticos e inquietantes.

Viendo que el Soviet había asumido el poder en realidad, que los miembros del gobierno anterior estaban detenidos y que en las calles de Petrogrado dominaban las bandas de soldados, la prensa burguesa y coaliciones pusieron el grito en el cielo, diciendo contra nosotros cosas inauditas. El Comité Militar Revolucionario era objeto de las más abominables calumnias.

El 8 de noviembre hubo junta del Soviet de Petrogrado y en ella estuvieron presentes los delegados del Congreso de los Soviets, los soldados de la Conferencia militar y muchos miembros del partido. Por primera vez, después de un intervalo de cuatro meses, hablaron públicamente Lenin y Zinoviev, a quienes se tributó una ovación inmensa. Pero el júbilo que nos causaba la victoria estaba enturbiado por la inquietud con que aguardábamos las noticias del interior, pues ignorábamos por una parte cómo se recibiría nuestra actuación, y por la otra, necesitábamos datos que nos indicasen la fuerza efectiva de las asambleas sovietistas.

En la noche de ese mismo día hubo una reunión del Congreso, que fue para nosotros de gran importancia. Lenin propuso dos decretos: uno sobre la paz y otro sobre las tierras. Los dos fueron aprobados por unanimidad, después de una breve discusión. En la misma junta se constituyó una autoridad central; formada por el Consejo de Comisarios del Pueblo.

Pero los mencheviques y los socialistas-revolucionarios de la derecha habían roto sus relaciones con el Congreso de los Soviets. Dado esto, no podíamos hacer otra cosa que indicar a los socialistas-revolucionarios de la izquierda la conveniencia de atraer a los de la derecha hacia una combinación con el elemento triunfante. Mientras ellos se ocupaban en realizar esta imposible tarea, nosotros asumíamos la responsabilidad íntegra del gobierno, y la lista de Comisarios del Pueblo se compuso íntegramente de bolcheviques.

Los decretos de la tierra y de la paz

I

Confirmados por el Congreso los decretos relativos a las tierras y a la paz, se imprimieron y se repartieron copiosamente para que circularan en todo el país. Para esto se utilizó la cooperación de los delegados del ejército, de los que venían de los pueblos y de los propagandistas especiales destinados a las trincheras y a las provincias del interior.

Entretanto proseguía la organización y armamento de la Guardia Roja, que junto con la guarnición y los marinos desempeñaba las arduas tareas de la vigilancia y la custodia.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo iba adueñándose sucesivamente de los organismos oficiales, y en todos ellos encontraba la resistencia pasiva de los empleados de alta y mediana categorías. Los antiguos partidos sovietistas, por su lado, hacían cuanto les era dable para buscar el apoyo de estos elementos burocráticos y para entorpecer la marcha de la nueva administración. Nuestros enemigos tenían la certeza de que éramos una nube de estío. Duraríamos uno o dos días; todo lo más, una semana...

Los cónsules y empleados de las Embajadas fueron al Instituto Smolny, llevados en parte por el apremio de sus atenciones oficiales, pero en parte también por mera curiosidad. Los corresponsales de periódicos acudían con sus libros de apuntes y sus

máquinas fotográficas. Todos tenían prisa, porque creían que aquella actualidad era muy pasajera.

En la ciudad reinaba el orden más perfecto. Los marineros, soldados y Guardias Rojos se conducían con una disciplina ejemplar y mantenían el orden revolucionario más estricto.

Nuestros enemigos abrigaban el temor creciente de que la **actualidad episódica** continuara mucho tiempo y no tardaron en organizar su primer ataque al nuevo gobierno. La iniciativa fue de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques, los mismos hombres que en los períodos anteriores no se habían mostrado dispuestos a asumir la responsabilidad íntegra del poder. Se contentaban con el papel de segundones de la coalición. Eran a la vez auxiliadores, críticos, oposicionistas benévolos y apologistas de la burguesía. En todas las elecciones anatematizaban concienzudamente a la burguesía liberal, pero en el gobierno vivían unidos estrechamente con ella. Merced a esa táctica, perdieron completamente la confianza de las clases populares y del ejército en los seis primeros meses de la Revolución. No era, pues, de extrañar que los acontecimientos de noviembre significaran el coronamiento de su descrédito.

Sin embargo, pocas horas antes se creían dueños de la situación. Los jefes bolcheviques, a quienes ellos perseguían, estaban obligados a vivir fuera de la **legalidad** y a ocultarse como en los tiempos del zarismo. El poder era de los perseguidos de la víspera, y los ministros, así como sus auxiliares, no tenían ya ninguna influencia. Naturalmente, se negaban a aceptar que ese cambio súbito de condiciones fuese el principio de una nueva época. Se esforzaban por convencerse a sí mismos de que todo ello era un nue-

vo accidente, obra de malas inteligencias y confusiones, para cuya rectificación bastaría una serie de discursos enérgicos y de artículos acusatorios. Pero a cada momento sus pasos eran más difíciles y más grandes los obstáculos que se les amontonaban en el camino. De aquí el odio ciego y feroz que nos profesaban.

Los políticos burgueses no tenían muchos deseos de presentarse en la línea de fuego. Se contentaban con empujar a los socialistas-revolucionarios y mencheviques, que, en su lucha contra nosotros, habían adquirido aquella energía de que tan tristemente se les vio privados cuando compartían el poder como subalternos. Sus órganos periodísticos prodigaban rumores alarmantes y escandalosos. Hacían apelaciones al pueblo, invitándole a que destruyese el nuevo estado de cosas. Organizaron a los burócratas y a la oficialidad para contrarrestar nuestras disposiciones.

Durante los días 9 y 10 de noviembre siguieron llegando telegramas amenazadores, procedentes de los centros militares, de las asambleas municipales y locales y del Comité Directivo de Ferrocarriles.

La avenida Nevsky, arteria principal de la vida burguesa de Petrogrado, se animaba por momentos. La juventud despertaba de su letargo y, excitada por la prensa, hacía una enérgica propaganda callejera contra el Soviet. Esa juventud burguesa, auxiliada por los alumnos de las escuelas militares, se propuso desarmar a la Guardia Roja, y empezó a hacerlo.

De vez en cuando se disparaba en las calles contra los Guardias Rojos y los marineros. La Oficina Central de Teléfonos cayó en poder de los alumnos, quienes atacaron también el Telégrafo y el Correo.

Por último, supimos que tres automóviles blindados estaban en manos de un núcleo militar hostil a nosotros. Evidentemente, los burgueses levantaban la cabeza.

La prensa anunciaba que se aproximaba el momento de nuestra caída.

Logramos interceptar ciertas órdenes, por las que nos enteramos de que se había formado una organización militar contra el Soviet de Petrogrado y que tenía a su frente un **Comité de Defensa Revolucionaria,** creación del Consejo Municipal y del antiguo Comité Ejecutivo Central, organismo donde tenían preponderancia los socialistas-revolucionarios de la derecha y los mencheviques. Este Comité disponía de estudiantes y oficiales de tendencias contrarrevolucionarias, que, ocultos tras de los coalicionistas, pretendían dar un golpe de muerte al Gobierno soviétista.

II

De las organizaciones contrarrevolucionarias, eran el núcleo la Escuela Militar y la de Ingenieros, pues en esos establecimientos había grandes cantidades de armas y municiones, y de allí partía todo movimiento contra las instituciones revolucionarias.

La Escuela Militar fue rodeada por la Guardia Roja y los marineros, quienes enviaron un parlamentario para pedir la entrega de las armas y municiones. Los sitiados contestaron rompiendo el fuego. Los sitiadores se proponían sólo ganar tiempo. Entretanto, aumentaba la afluencia de gente. Algunos transeúntes caían de vez en cuando, heridos por una bala perdida. La escaramuza se prolongaba indefinidamente, y amenazaba con producir un efecto depresivo en las fuerzas revolucionarias. Se imponía de urgencia la adopción de medidas enérgicas. El oficial a quien se había confiado el mando de la fortaleza Pedro y Pablo, recibió instrucciones y facultades para proceder al desarme de los rebeldes. El jefe de estas operaciones rodeó completamente la Escuela Militar, llevó automóviles blindados y situó baterías. Hecho todo esto, envió una intimación formal de rendirse en el plazo de diez minutos. La respuesta fue una descarga desde las ventanas. Pasados los diez minutos dio la orden de romper el fuego de artillería. A los primeros cañonazos se abrió una ancha brecha en los muros del edificio, y los sitiados se rindieron, aunque

algunos de ellos intentaron huir, sin dejar de hacer fuego contra sus perseguidores.

Pronto se vieron las manifestaciones de la exasperación y la acritud propias de las guerras civiles. Es indudable que los marineros cometieron actos de crueldad individuales en los rendidos. Posteriormente, la prensa burguesa acusó al Gobierno sovietista de inhumanidad y salvajismo. Pero no dijo una cosa; calló que la Revolución del 7 al 8 de noviembre se había desarrollado sin un solo disparo, sin una sola víctima, y que la contrarrevolución burguesa, arrojando su propia juventud al fragor de la guerra civil, era la causante de las inevitables atrocidades posteriores.

Los acontecimientos del 11 de noviembre crearon un nuevo espíritu en el pueblo de Petrogrado. La lucha se hizo trágica. Nuestros enemigos acabaron por comprender que la cuestión era más seria de lo que suponían, y que el Soviet no estaba dispuesto a entregar el poder de que se había adueñado, sólo porque así se lo pidiesen la prensa burguesa y un grupo de oficiales.

La destrucción de los gérmenes contrarrevolucionarios continuó con gran intensidad. Los enemigos quedaron desarmados en su gran mayoría, y los que habían tomado parte en el levantamiento quedaron presos en la fortaleza Pedro y Pablo o en Kronstadt. Se suprimió la prensa que había incitado públicamente a la insurrección contra el Soviet. También se ordenó la detención de algunos jefes de los antiguos partidos sovietistas, cuyos nombres figuraban en las órdenes contrarrevolucionarias interceptadas. Después de esto, cesó en la capital toda resistencia armada.

Huída
de Kerensky

I

Cambió las esperanzas de los descontentos de la pequeña burguesía la creciente estabilidad del poder sovietista en Petrogrado, y buscaron la cooperación del extranjero. La Agencia Telegráfica de Petrogrado, el Telégrafo de Ferrocarriles y la Estación Radiotelegráfica de Zarskoye-Selo enviaban mensaje tras mensaje en los que se comunicaba el avance de grandes masas armadas contra Petrogrado, que iban con el propósito de sofocar la rebelión y restablecer el orden.

Kerensky había huido hacia el frente de batalla, y los periódicos burgueses anunciaban que tenían incontables tropas, listas para luchar contra los bolcheviques.

Nosotros estábamos aislados de las provincias, pues las líneas telegráficas no trasmitían nuestros mensajes. En cambio, los soldados que llegaban diariamente del campo de batalla, en grupos de decenas y centenas, decían invariablemente, hablando en nombre de los regimientos, divisiones y cuerpos de ejército:

—No temáis nada de parte de los soldados del frente; todos están con vosotros; dad vuestras órdenes, y enviaremos una división o un cuerpo de ejército para que os apoyen.

Los de abajo estaban con nosotros, en efecto, y sólo se nos oponían los miembros de la alta oficia-

lidad, como pasaba en la burocracia. Varias secciones de nuestro ejército, formado de millones de hombres, quedaron aisladas unas de otras. Nosotros, a nuestra vez, estábamos aislados de las provincias. Sin embargo, las noticias del poder que había adquirido el Soviet de Petrogrado y de sus decretos, se extendían a pesar de todos los obstáculos, y provocaban la insurrección de los centros similares contra las antiguas instituciones.

No tardó en confirmarse el movimiento de Kerensky hacia la capital. Cada día los datos eran más precisos. De Zarskoye-Selo nos informaron que se acercaban los cosacos por escalas, y que ya habían pasado por Luga. En Petrogrado circuló una proclama, firmada por Kerensky y por el general Krasnov, en la que se invitaba a la guarnición a secundar el movimiento de las fuerzas que en breve ocuparían la capital. La rebelión del día 11 estaba relacionada con la empresa de Kerensky, pero se anticipó demasiado, gracias a la energía de nuestras medidas. Fue expedida una orden a la guarnición de Zarskoye-Selo para que ordenase sumisión a las avanzadas cosacas, y en caso de negativa, para que la desarmase. Pero la guarnición de Zarskoye-Selo no estaba en condiciones de tomar una ofensiva. Le faltaba artillería y no había jefes que la mandaran. La oficialidad era enemiga del Soviet. Los cosacos se apoderaron de la estación radiotelegráfica de aquel punto, la más poderosa del país, y prosiguieron su avance. Las guarniciones de Petrogrado, Krasnoye-Selo y Gatchina, carecían de iniciativa y de resolución.

Después de una victoria sin sangre en Petrogrado, los soldados tenían la convicción de que todo seguiría por el mismo carril en lo futuro y que basta-

ría enviar un agitador hábil a los cosacos para que éstos depusieran las armas. Con discursos y fraternización se había sofocado el movimiento de Kornilov; con agitación y hábiles medidas de ocupación de oficinas había sido derrocado Kerensky. No era extraño, pues, que los jefes sovietistas de Zarskoye-Selo, Krasnoye-Selo y Gatchina, aplicaran estas medidas para dominar a los cosacos del general Krasnov. Pero esta vez el procedimiento no fue eficaz. Los cosacos no se sintieron contagiados por el entusiasmo de las guarniciones y continuaron su avance. En las escaramuzas que hubo entre las vanguardias cosacas y las guarniciones de Gatchina y Krasnoye-Selo, éstas fueron vencidas y desarmadas.

Nosotros no teníamos idea de la importancia del ejército de Kerensky. Hubo quien aseguró que el general Krasnov estaba al frente de diez mil hombres, y otras personas suponían que su fuerza no pasaba de un millar. Según los periódicos y manifiestos del adversario, había dos cuerpos de ejército cerca de Zarskoye-Selo.

La guarnición de Petrogrado estaba perpleja. Apenas conseguida su incruenta victoria, era llamada a combatir contra un enemigo cuya fuerza desconocía y a librar batallas de resultado incierto. El plan de enviar agitadores con proclamas dirigidas a los cosacos se había discutido una y otra vez en las conferencias de la guarnición, pues los soldados consideraban imposible que aquéllos rehusaran adherirse a las ideas por cuya victoria acababan ellos de luchar. Entretanto, las avanzadas cosacas estaban ya muy cerca de Petrogrado, y esperábamos que la lucha decisiva se desarrollaría en las mismas calles de la capital.

Los soldados de la Guardia Roja eran los más

animosos. Pidieron armas, municiones y jefes. Pero la máquina militar estaba en el más completo desorden, parte por descuido, y sobre todo, por maliciosas deficiencias. Los oficiales se habían marchado; muchos de ellos como fugitivos. Los almacenes eran un caos. Cuando se habían encontrado los fusiles no se encontraban los cartuchos. De la artillería, lo único que podía decirse era que, así los cañones como los automóviles y proyectiles, se hallaban donde nadie podía imaginarlo. A los regimientos les faltaban instrumentos de zapa y aparatos telefónicos de campaña. El Estado Mayor Revolucionario, que quiso poner orden, tenía que superar los más grandes obstáculos, pues la conjuración del personal técnico era universal. Resolvimos dirigir una apelación a las clases obreras, explicándoles que las conquistas de la Revolución estaban en peligro y que sólo la energía, la iniciativa y la abnegación del pueblo podrían salvar y consolidar la vida del nuevo régimen. El resultado de esta proclama fue instantáneo. Millares de obreros salieron de la ciudad, y dirigiéndose hacia las posiciones de Kerensky, empezaron a abrir trincheras. Los obreros de las fábricas de armas se dedicaron a trabajar sin decanso.

Salían cañones y proyectiles de los almacenes; se hacía activamente la requisición de caballos; las baterías quedaron instaladas; se organizó la comisaría militar; se hizo una busca general para completar la dotación de máquinas, automóviles y camiones; fueron ocupadas todas las existencias de víveres y forrajes; el cuerpo sanitario empezó a funcionar. En una palabra, los obreros construyeron y prepararon el mecanismo militar que no había acertado a crear con sus órdenes el Estado Mayor Revolucionario.

—Sí —le contesté—. Así lo dicen; y me consta que usted no goza de sus simpatías.

—¿Y los oficiales, se expresan en el mismo sentido?

—Sí; pero debo añadir que ellos están más descontentos aún.

—¿Qué haré? ¿Cree usted que debo suicidarme?

—Como hombre honrado, provéase usted de una bandera blanca, diríjase a Petrogrado, comparezca ante el Comité Revolucionario y discuta la cuestión.

—Lo haré, mi general.

—Le daré una escolta, y buscaré un marinero que le acompañe.

—No; marineros, no. Usted sabe que aquí está Dybenko.

—No sé quien es Dybenko.

—Mi enemigo.

—¿Y qué le vamos a hacer? Se ha comprometido usted en una aventura muy seria, y debe atenerse a las consecuencias.

—Tiene usted razón. Partiré esta noche.

—¿Por qué de noche? Esto sería una fuga. Vaya usted ostensiblemente, y con calma. Debe usted convencer a todo el mundo de que no pretende huir.

—Muy bien. Lo único que le ruego a usted es que me acompañen personas de confianza.

—Convenido.

Yo salí, llamé a un cosaco del 10º regimiento del Don y le encargué que escogiese ocho camaradas para que escoltasen al comandante general.

Media hora después se presentaron los cosacos y me dijeron que no encontraban a Kerensky en el edificio. Aseguraban que había huído."

las posiciones más importantes en Gatchina. Los cosacos, aun cuando no estaban desarmados, fueron incapaçes de oponer resistencia. Sólo deseaban que se les dejase volver al Don tan pronto como fuera posible, o, por lo menos, a las trincheras.

El palacio imperial de Gatchina presentaba un espectáculo digno de verse. Todas las puertas estaban custodiadas. En las verjas había artillería y automóviles blindados. Las espaciosas cámaras del palacio, en cuyos muros hay tantos cuadros valiosos, se hallaban atestadas de soldados, marineros y guardias. Las pipas, los capotes y las latas vacías de sardinas se amontonaban en las mesas incrustadas de marfil. El Estado Mayor de Krasnov ocupaba uno de aquellos aposentos. En el suelo había colchones y prendas de ropa. El representante del Comité Militar Revolucionario, que me acompañaba, entró en el cuarto del Estado Mayor de Krasnov, dio con el fusil en el suelo y dijo:

—General Krasnov, usted y su Estado Mayor son prisioneros del Soviet.

La Guardia Roja se había adueñado de ambas puertas. Kerensky no estaba allí. Había huído, como el día de los acontecimientos del Palacio de Invierno. El general Krasnov refiere la fuga de Kerensky en la declaración escrita que rindió el día 14. Reproduzco literalmente ese curioso documento:

"14 de noviembre de 1917. A las 6 p.m.

Serían las tres de la tarde cuando se me llamó por el comandante general (Kerensky). Estaba muy agitado y nervioso.

—General —dijo—, usted me ha traicionado. Sus cosacos dicen a voces que van a prenderme y que me entregarán a los marineros.

"¡Honor eterno a los que han muerto! ¡Gloria a los paladines de la Revolución, a los soldados y oficiales que sirven con fidelidad la causa del pueblo!

"¡Viva la Rusia Revolucionaria, popular y socialista!

"Por el Consejo de los Comisarios del Pueblo.

L. Trotsky.

"13 de noviembre de 1917."

Después supimos que las estaciones radiotelegráficas alemanas habían recibido orden del Estado Mayor de no recoger el telegrama.

Este primer paso del Gobierno alemán en relación con los acontecimientos de noviembre, denunciaba el miedo a que dichos acontecimientos causasen una fermentación en el Imperio. Las autoridades austrohúngaras utilizaron ciertos párrafos del despacho y, según nos dijeron luego algunas personas, ese fue el origen de la noticia que corrió por Europa sobre el miserable fracaso de Kerensky.

Había signos de fermentación en las tropas cosacas de Krasnov. Enviaron espías a Petrogrado, y aun se presentaron algunos delegados en el Instituto Smolny. Unos y otros pudieron ser testigos del orden perfecto que reinaba en la capital y de que este orden era debido a la guarnición, que apoyaba al Gobierno sovietista. Cuando tuvieron conocimiento de tales hechos, los cosacos comprendieron lo absurdo de intentar la toma de una plaza tan bien defendida, con un millar de hombres a caballo, pues del frente no les llegaban nunca los anunciados refuerzos.

Krasnov se retiró a Gatchina con sus cosacos. Cuando llegamos a este punto, al día siguiente, los miembros de su Estado Mayor eran ya de hecho prisioneros de sus propios soldados. Nuestra guarnición ocupaba

Cuartel General, en Pulkovo.
A las dos y diez de la mañana.

"La noche del 12 al 13 de noviembre será histórica. La tentativa de Kerensky para llevar tropas contrarrevolucionarias a la capital, centro de la Revolución, ha sufrido un completo fracaso. Kerensky ha sido derrotado. Nuestras fuerzas avanzan. Los obreros, soldados y marineros de Petrogrado, acaban de patentizar que están resueltos a sostener con las armas el poder de la democracia obrera, y que saben hacerlo. La burguesía se propuso aislar al ejército revolucionario; Kerensky pretendió aplastarlo con la bota de los cosacos. Una y otra tentativa fracasaron desastrosamente.

"La gran idea del supremo poder de la democracia obrera y campesina es el estímulo del ejército y la coraza de acero de su voluntad. Todo el país verá que el poder sovietista no es efímero, sino que constituye un hecho irrefutable: el régimen de los obreros, soldados y campesinos. La derrota de Kerensky es la derrota de la burguesía, de los terratenientes y de los kornilovistas. La derrota de Kerensky es el restablecimiento de los derechos del pueblo que quiere una vida pacífica y libre: pan, tierra y poder. El destacamento de Pulkovo ha consolidado valientemente la causa de la Revolución Obrera y Campesina. Es imposible volver hacia lo que fue. Tendremos que luchar, tendremos que vencer obstáculos, tendremos que hacer sacrificios; pero el camino está abierto y la victoria no es dudosa.

"La Rusia revolucionaria y el Gobierno de los Soviets tienen derecho a enorgullecerse del destacamento de Pulkovo y de su jefe el coronel Walden.

padas por nuestras fuerzas. El camino estaba lleno de carros con víveres y forrajes, cañones y cartuchos. Todo ese inmenso servicio era obra de los trabajadores de varias fábricas. Los destacamentos de la Guardia Roja detenían nuestro automóvil para examinar el pase. Desde los primeros días de la Revolución de noviembre se había puesto mano en todos los medios de transporte, y no se dejaba circular uno solo sin pases del Instituto Smolny, ya fuera en las calles de la ciudad, ya en los suburbios. La vigilancia de la Guardia Roja era muy escrupulosa. No podía darse una imagen más fiel de la Revolución proletaria que el espectáculo de aquellos jóvenes, armados de fusiles, cuyas figuras se destacaban a la luz de las fogatas, en la extensión de los campos cubiertos de nieve.

Ya había muchas baterías, y no faltaban proyectiles. Ese mismo día se realizó la acción decisiva, entre Zarskoye-Selo y Krasnoye-Selo.

Después de un violento cañoneo, los cosacos retrocedieron atropelladamente. Su avance había sido muy rápido en tanto que no encontraron resistencia. Se les había engañado contándoles que los bolcheviques tenían el propósito de vender la patria rusa al Kaiser. Naturalmente, los cosacos suponían que toda la guarnición de Petrogrado aguardaba ansiosamente su presencia libertadora. La resistencia que encontraron sembró el desorden en sus escuadrones y echó por tierra los aventurados planes de Kerensky.

La retirada de los cosacos de Krasnov puso nuevamente en nuestras manos la estación radiotelegráfica de Zarskoye-Selo y yo la utilicé inmediatamente para comunicar la noticia de la victoria.

He aquí el texto de mi telegrama:

II

Ya el telégrafo comunicaba a todas las provincias y a los países extranjeros que los bolcheviques habían sucumbido, que Kerensky era dueño de Petrogrado y que había restablecido el orden con mano de hierro.

A la vez, la prensa burguesa de Petrogrado, reanimada por la proximidad de Kerensky, anunciaba la desmoralización de las tropas de la guarnición y el irresistible avance de los cosacos, provistos de una artillería poderosa. Daban por seguro el fin del gobierno bolchevique.

La mayor de las dificultades, como hemos dicho, consistía en la falta de organización técnica y de hombres competentes que se encargaran de su funcionamiento. El puesto de comandante general era declinado aun por aquellos oficiales pundonorosos que seguían a sus soldados. El problema fue finalmente resuelto, después de varias tentativas, mediante una combinación que consistió en la formación de un comité de cinco personas, elegidas por la guarnición, y cuyas funciones eran supremas para todo lo relativo a la lucha contra el elemento cosaco de ataque. Este comité se puso después de acuerdo con el coronel del Estado Mayor, Muraviev, adversario de Kerensky, quien espontáneamente ofreció sus servicios al gobierno sovietista.

La noche del 12 de noviembre fue muy fría. Muraviev y yo fuimos en automóvil a las posiciones ocu-

La presencia de las baterías levantó instantáneamente el espíritu de los soldados. Protegidos por la artillería, no consideraban imposible la resistencia contra los cosacos. La situación cambió totalmente y un nuevo espíritu afloró en aquellos que no hacía mucho se sentían deprimidos.

Fin de la aventura de Kornilov

I

Terminada la aventura de Kornilov, algunos grupos sovietistas preponderantes intentaron rectificar su conducta, generalmente benévola para la burguesía contrarrevolucionaria, y propusieron la inmediata convocatoria de una Asamblea Constituyente. Kerensky, salvado por el Soviet del abrazo mortal de su cómplice Kornilov, tuvo que ceder y aceptar esa iniciativa. La Asamblea fue convocada para los últimos días de noviembre. Pero las circunstancias habían variado tanto que no se podía contar con la reunión de la Asamblea como con una cosa cierta.

En efecto, la desorganización era general en el frente, y el número de las deserciones aumentaba diariamente. Los soldados amenazaban con el abandono total de las trincheras, separándose por regimientos y cuerpos de ejército, cuyo paso hacia el interior del país tenía que marcarse con una huella de devastación.

La ocupación de tierras y de ganados en los distritos rurales había tomado proporciones gigantescas. Para impedirla se proclamó la ley marcial en muchos de esos distritos.

El ejército alemán avanzaba. Después de la toma de Riga, amagó a Petrogrado. La derecha burguesa se regocijaba ante el peligro de la capital revolucionaria. Las oficinas públicas se trasladaban a otras ciudades, y Kerensky tenía la intención de establecer el centro del gobierno en Moscú.

Todos estos hechos retardaban la reunión de la Asamblea Constituyente, que era ya una posibilidad remotísima, casi improbable.

En tales circunstancias, el movimiento de fuerza de noviembre puede juzgarse como la salvación de la Asamblea Constituyente y de la Revolución. Cuando decíamos que el camino hacia la Asamblea Constituyente no pasaría por el Parlamento Provisional de Tsereteli, sino por el Soviet, hablábamos con toda sinceridad. Pero tantas dificultades y aplazamientos de la Asamblea Constituyente no podían dejar de haber producido su efecto. Anunciada desde los primeros días de la Revolución, se realizaba después de ocho o nueve meses de lucha encarnizada entre clases y partidos. Llegaba, pues, muy tarde, si quería que su acción fuese constructiva. La futileza intrínseca del proyecto estaba predeterminada por un hecho que pudo parecer de pequeña importancia en los primeros tiempos, pero que más tarde afectó de un momuy profundo el ser mismo de la Asamblea.

Durante las primeras fases de la Revolución, el partido socialista-revolucionario había sido numéricamente el más fuerte. Ya he referido su estado amorfo y su composición social heteróclita. La Revolución había empujado irresistiblemente hacia una diferenciación interna de los grupos. La izquierda de este partido, representante de muchos obreros industriales y de masas campesinas paupérrimas, se distanciaba más y más del resto, y llegó a situarse en una oposición irreconciliable respecto de los jefes que en el socialismo revolucionario representaban la pequeña y la media burguesía. Pero la inercia de la estructura y las tradiciones del partido retardaron la inevitable secesión.

Como es bien sabido, el sistema proporcional de

elecciones se funda en listas de partido. Ahora bien; las listas fueron hechas dos o tres meses antes de la Revolución de noviembre, y los nombres de los socialistas-revolucionarios de la derecha y de la izquierda figuraban confundidos en ellas, bajo un solo nombre que los amparaba indistintamente. A eso se debió que cuando ya los socialistas-revolucionarios de la izquierda y cuando éstos se unían a los bolcheviques para derrocar el gobierno del socialista revolucionario Kerensky, las antiguas listas mantenían toda su validez, y los campesinos votaban según ellas, o en otros términos, votaban a la vez por Kerensky y por los conspiradores que pretendían derrocar a Kerensky.

Los meses anteriores a la Revolución de noviembre se caracterizaban por una continua orientación de las masas hacia la izquierda y un ingreso constante de los obreros, soldados y campesinos en las files del bolchevismo. Durante el mismo período, el proceso era igual en el seno del partido socialista-revolucionario, pues la izquierda crecía a medida que la derecha menguaba. Sin embargo, tres cuartas partes de los nombres que figuraban en las listas electorales del partido socialista-revolucionario, eran de los antiguos jefes de la derecha, cuya reputación revolucionaria había naufragado completamente por su unión con la burguesía liberal.

A esto debe agregarse que las elecciones se efectuaron en las semanas siguientes a la Revolución de noviembre. Las noticias de los cambios ocurridos se iban propagando lentamente por provincias, cada vez en círculos más extensos pasando de las ciudades a los pueblos y a las aldeas. En muchos distritos, las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo ocurrido en Petrogrado y en Moscú. Votaban por **Tie-**

rra y **Libertad** en los Comités Agrarios. En efecto, votaban por Kerensky y Avksentiev, es decir, por los gobernantes que disolvían esos mismos Comités Agrarios y que decretaban la detención de sus miembros. El resultado era una paradoja política inverosímil: uno de los partidos que debía disolver la Asamblea Constituyente, es decir, la izquierda socialista-revolucionaria, era elegido en las mismas listas del partido de mayoría de la Asamblea. Los hechos referidos demuestran que esa Asamblea Constituyente era un producto tardío, extraño a la realidad de los conflictos de partido y a sus diferenciaciones.

Examinemos ahora la cuestión desde el punto de vista de los principios.

II

Como marxistas, jamás hemos sido partidarios del formalismo democrático. En una sociedad dividida en clases, las instituciones democráticas, lejos de anular la lucha de unas clases contra otras, no hacen sino dar a los intereses de esas clases una forma imperfecta de expresión. Las clases pudientes tienen siempre a su disposición millares de medios para alterar y adulterar la voluntad de las clases laboriosas. En tiempos de Revolución, las instituciones democráticas son todavía menos adecuadas para servir de expresión a las luchas de clase. Marx llamó a la Revolución la **locomotora de la historia.** Una lucha franca y directa por la conquista del poder, capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasar rápidamente de un estadio a otro en el proceso de su evolución mental. La pesada máquina de las instituciones democráticas no puede seguir ese rápido movimiento y tiene un retardo tanto mayor cuanto más vasto es el país y más imperfecto el material técnico de que dispone la democracia.

Los socialistas revolucionarios de la derecha formaban la mayoría de la Asamblea Constituyente. Según las prácticas parlamentarias, a ellos les correspondía encargarse del gobierno. Pero los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido ocasión de ser gobierno desde que comenzó el período revolucionario hasta el movimiento de noviembre, y no lo habían intentado, sino, por el contrario, pusieron la parte del

león en manos de la burguesía liberal, con lo cual perdieron el último vestigio de influencia entre los elementos más revolucionarios del pueblo, justamente cuando se veían de pronto obligados a formar gobierno, como mayoría que eran de la Asamblea Constituyente.

Las clases trabajadoras y la Guardia Roja tenían una profunda inquina contra los socialistas revolucionarios de la derecha. La gran mayoría del ejército apoyaba a los bolcheviques. Los elementos revolucionarios de los campos y aldeas repartían sus simpatías entre los socialistas revolucionarios de la izquierda y los bolcheviques. Los marineros, tan señalados en todos los episodios de la Revolución, eran casi unánimes en su aceptación de nuestros principios.

Los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido que dejar, en efecto, las juntas sovietistas, centro de la autoridad suprema, antes de que se reuniese la Asamblea Constituyente. ¿En quién se apoyaría un gabinete de ese grupo? Lo sostendrían sin duda los aldeanos ricos, los intelectuales y la vieja burocracia. Acaso podría contar temporalmente con la clase media. Pero en el caso más favorable, carecería de toda fuerza real de poder. En los centros de la vida política, como Petrogrado, habría encontrado una resistencia ilimitada.

Si, de acuerdo con la lógica de las instituciones democráticas, las organizaciones sovietistas hubieran entregado el poder al partido de Kerensky y Chernov, el nuevo gobierno, desacreditado e impotente, no habría producido otro resultado que aumentar la confusión en el país, sin evitar por eso una caída estrepitosa al cabo de tres o cuatro semanas. Los grupos sovietistas

resolvieron evitar aquella complicación inútil, reduciendo al mínimum la experiencia histórica que se les presentaba, y disolvieron la Asamblea Constituyente el mismo día de su primera reunión.

Esto ha sido causa de graves acusaciones contra nuestro partido. No puede negarse que la disolución de la Asamblea Constituyente produjo una impresión muy desfavorable en los centros directores de los partidos socialistas del Oeste, y que un acto necesario, políticamente inevitable, fue presentado como obra de la tiranía partidista y de la arbitrariedad sectaria. Kautsky explicó con su invariable pedantería, en una serie de artículos, las relaciones mutuas entre el socialismo revolucionario y la democracia. Pretendió demostrar que la observancia del principio democrático ha sido siempre favorable a las clases laboriosas. Esto es verdad en términos generales y tomando los hechos en conjunto; pero Kautsky redujo una verdad histórica a una vulgaridad profesional. Si es verdad que siempre resulta ventajoso para el proletariado llevar a las últimas consecuencias la lucha de clases, y aun ejercer su dictadura dentro del cuadro de las instituciones democráticas, no es verdad que la historia presente invariablemente circunstancias propicias para combinaciones de ese género. La teoría de Marx no implica de ningún modo que los acontecimientos creen condiciones **ventajosas** para el proletariado. Hoy es difícil decir cuál habría sido el curso de la Revolución, si la Asamblea Constituyente se hubiera formado en el segundo o tercer mes del nuevo régimen. Probablemente los socialistas revolucionarios y mencheviques, predominantes a la sazón, se habrían hundido en el descrédito, juntamente con la Asamblea, no sólo a los ojos de los grupos sovietistas, sino ante las

masas populares más atrasadas, cuya suerte hubiera estado ligada por fuerza, no al sovietismo, sino a la Asamblea Constituyente. En tales circunstancias, la disolución de este grupo habría sido seguida de nuevas elecciones, evidentemente favorables a la izquierda. Pero el curso de los acontecimientos tomó otro rumbo. Las elecciones para la Asamblea Constituyente se hicieron nueve meses después de iniciada la Revolución, y en aquel momento la lucha de clases alcanzaba tal grado de intensidad que rompió el recipiente democrático.

El proletariado arrastró en pos suyo al ejército y a las masas inferiores de los campesinos. Tanto los agricultores como los soldados se hallaban en estado de violenta rebelión contra la derecha socialista revolucionaria. Sin embargo, gracias a la pesadez e ineficacia de las elecciones democráticas, el socialismo revolucionario obtuvo mayoría en la Asamblea Constituyente, y ésta fue en realidad representativa de la opinión dominante durante la fase anterior a las jornadas dentro del marco de la democracia. Sólo un pedante político, incapaz de comprender la lógica revolucionaria de las relaciones de clases, podía predicarle al proletariado, contra la evidencia de los acontecimientos de noviembre, que aplicase las perogrulladas de las ventajas inherentes a la democracia para el mejor éxito de la lucha de clases.

La historia quiso plantear el problema en forma más concreta y aguda. La Asamblea Constituyente, por su composición, tenía que entregar las riendas del poder al grupo Chernov-Kerensky-Tsereteli. ¿Eran estos hombres capaces de guiar a la Revolución? No. El contenido material de la Revolución, que era una lucha de clases, entró en conflicto con sus formas democráticas.

Segundo Congreso de los Soviets

I

Cuando el Segundo Congreso de los Soviets aprobó el decreto relativo a la paz, el poder sovietista estaba consolidándose en los centros más importantes del país. El número de las personas que confiaban en este poder era de lo más insignificante.

Nuestros decretos fueron aprobados por unanimidad, pero para muchas personas no significaban sino una simple opinión.

Los partidarios de la transacción decían en todas partes que nuestro voto carecería de eficacia práctica, puesto que los imperialistas alemanes no negociarían con nosotros ni aun se dignarían tomarnos en cuenta. Por otra parte, los aliados nos declararían la guerra por haber abierto negociaciones de paz separada.

El decreto fue adoptado el 8 de noviembre, cuando Kerensky y Krasnov estaban a las puertas de Petrogrado. El 20 de noviembre comunicábamos por la telegrafía inalámbrica nuestra propuesta de paz general, tanto a los aliados como a los enemigos. La única respuesta de los aliados fue dirigirse al general Dujonin por intermedio de sus agentes militares. Decían que si dábamos otro paso más en el sentido de las negociaciones sufriríamos serias consecuencias. Nosotros replicamos el 24, expidiendo un manifiesto destinado a todos los obreros, campesinos y soldados, en el que declarábamos nuestra firme resolución de no

permitir que la sangre rusa corriera por acatar las órdenes de una burguesía extranjera. Desdeñábamos las amenazas del Imperialismo Occidental y asumíamos la completa responsabilidad de nuestra política de paz ante la clase obrera internacional.

Lo primero que hicimos, para cumplir nuestros compromisos anteriores, fue publicar los tratados secretos y declarar que repudiábamos todo lo que en ellos se opusiese a los intereses de las masas trabajadoras de cualquier parte del mundo. Los gobiernos capitalistas intentaron desvirtuar este acto, oponiendo falacias a cada una de nuestras revelaciones, pero el pueblo de todos los países nos comprendió, y aprobó nuestra conducta. Ni uno sólo de los periódicos del socialismo patriótico se atrevió a protestar contra el cambio radical que el gobierno de obreros y campesinos efectuaba en los métodos tradicionales de la diplomacia, repudiando sus pérfidas y dañosas intrigas. Toda nuestra diplomacia se basó en el propósito de instruir a las masas, descubriéndoles la verdadera política de sus respectivos gobiernos, para unificar así el sentimiento de todas ellas en un odio general y en una lucha contra el régimen del capitalismo burgués.

La prensa burguesa de Alemania nos acusó de entorpecer las negociaciones, pero los pueblos escuchaban el diálogo de Brest-Litovsk. Durante los dos meses y medio que tardaron esas negociaciones, prestamos a la causa de la paz un servicio reconocido aun por honrados adversarios nuestros. En efecto, por primera vez se planteaba la cuestión de una paz sin que hubiese tergiversaciones engañosas entre bastidores.

El 5 de diciembre firmamos el convenio para la suspensión de las hostilidades en todo el frente, desde

el Báltico hasta el mar Negro. Una vez más hicimos un llamamiento a los aliados, invitándolos a que se nos uniesen, para que las negociaciones se realizaran en una sola conferencia. No se nos dio respuesta alguna, aunque en esta ocasión ya no recibimos amenazas.

Las negociaciones de paz comenzaron el 22 de diciembre, mes y medio después de haberse aprobado el decreto en el Congreso de los Soviets. Este hecho basta para destruir la calumnia sustentada por la prensa socialista de alquiler, traidora a nuestra causa que dijo que no dimos ningún paso para buscar un terreno de inteligencia con nuestros aliados. Durante mes y medio no cesamos de tenerlos al corriente de todo cuanto hacíamos y de renovarles nuestras invitaciones para que se nos uniesen. Sobre este punto, nada podrán reprocharnos los pueblos de Francia, Italia y la Gran Bretaña. Nuestra conciencia está tranquila. Hicimos cuanto nos fue dado para persuadir a las naciones beligerantes, y si éstas no se unieron a nosotros, si hubo negociaciones de paz separada, la responsabilidad no es nuestra, sino de los imperialistas del Oeste y de aquellas agrupaciones políticas rusas que predecían el próximo fin del Gobierno de obreros y campesinos y que instaban a los aliados para que no diesen importancia a nuestra iniciativa de paz.

El día 22 se abrieron las negociaciones. Nuestros delegados hicieron una declaración de principios, definiendo las bases de una paz general democrática, de acuerdo con los términos del decreto expedido en 8 de noviembre. El adversario pidió un aplazamiento de las reuniones. A petición de Kühlmann, este aplazamiento se fue prolongando de día en día. Evidentemente, los delegados de la Cuádruple Alianza se

veían muy cohibidos para formular la respuesta que pedía nuestra declaración. Por último, la recibimos el día 25. Los diplomáticos de la Cuádruple Alianza aceptaban las bases democráticas de una paz sin anexiones ni indemnizaciones y reconocían el principio de la libre determinación de los pueblos. Esto era puramente verbal, pero nosotros no esperábamos ni aun la adhesión verbal. La hipocresía es el tributo que el vicio rinde a la virtud. El hecho de que los imperialistas alemanes considerasen necesaria esta pleitesía a nuestros principios democráticos, era para nosotros muy significativo por lo que se refiere al estado interno de Alemania. Pero aun cuando no pasaban de límites moderados nuestras ilusiones respecto de las tendencias democráticas de Kühlmann y Czernin, conocida como nos era la naturaleza de las clases directoras de Alemania y Austria, debemos reconocer francamente que no llegó nuestra previsión hasta suponer que las proposiciones de los imperialistas alemanes se apartasen tanto de las fórmulas presentadas por Kühlmann el día 25 como una especie de plagio de la Revolución rusa. Tanto impudor era, en efecto, el colmo de lo imprevisible.

Las clases obreras de Rusia se impresionaron mucho con la respuesta de Kühlmann y vieron en ella el miedo de las clases directoras de los Imperios Centrales frente al descontento y a la creciente inquietud del pueblo. El día 28 de diciembre, Petrogrado presenció una manifestación gigantesca de obreros y soldados en favor de la paz democrática. Pero a la mañana siguiente, nuestros delegados llegaron de Brest-Litovsk, trayéndonos las rapaces demandas que Kühlmann había presentado en nombre de los Im-

perios Centrales y como interpretación de sus fórmulas democráticas.

A primera vista puede parecer difícil comprender la táctica de la diplomacia alemana, al presentar esas famosas fórmulas democráticas, sólo para revelar dos o tres días después el extremo a que llegaban sus brutales propósitos. Los debates teóricos acerca de las fórmulas democráticas, iniciados en gran parte por el propio Kühlmann, podían parecer un juego peligroso. No se necesitaba tener un genio muy perspicaz para prever que la diplomacia alemana no saldría coronada de laureles. Todo el secreto de la táctica de Kühlmann radicaba en su convencimiento de que estábamos dispuestos a bailar al son que él nos tocara.

Su pensamiento íntimo era éste: Rusia necesitaba llegar a la paz y los bolcheviques no quieren abandonar el poder. Para que los bolcheviques conserven el poder, les es forzoso firmar la paz con Alemania. Verdad es que los bolcheviques habían formulado un programa de paz democrática; ¿pero para qué son los diplomáticos sino para convertir lo negro en blanco? Los alemanes facilitarían la combinación bolchevista, ocultando el despojo bajo una apariencia democrática. La diplomacia bolchevique tenía un interés muy grande en no profundizar demasiado, hasta poner a prueba la esencia política de sus seductoras fórmulas, o más bien, en no revelar la verdadera naturaleza de estas fórmulas. En suma, Kühlmann abrigaba la esperanza de llegar a un acuerdo tácito con nosotros. Hablaría nuestro lenguaje, y mediante ese cumplido, entregaríamos provincias y naciones a los Imperios Centrales. Como no protestáramos, la anexión violenta quedaría justificada a los ojos de las clases trabajadoras de Alemania, por la sanción de la Revolución rusa.

Cuando en el curso de las negociaciones hicimos ver claramente que no íbamos a discutir fórmulas huecas ni a colocar mamparas que permitiesen chalanear impunemente, sino a sentar los cimientos de una convivencia honrada de las naciones, Kühlmann se sintió tan ofendido como si hubiésemos violado maliciosamente un acuerdo tácito. No se apartó ni una sola pulgada de la fórmula del 25 de diciembre. Confiando en su refinada lógica de burócrata legalista, hizo cuanto le fue dable para convencer al Universo de que lo blanco y lo negro no difieren y de que si nosotros afirmábamos otra cosa era con intención de hacer daño.

El conde Czernin, representante de Austria-Hungria, desempeñó en las negociaciones un papel que no puede calificarse de digno. No era más que un asistente de Kühlmann. En los momentos críticos llegó a las declaraciones más violentas y cínicas. El general Hoffmann llevaba a las negociaciones una nota reconfortante. No mostraba mucho acatamiento para las delicadezas diplomáticas de Kühlmann, y a veces ponía su bota sobre la mesa en que se discutían intrincadas cuestiones jurídicas. Por nuestra parte, considerábamos que esa bota era la única realidad digna de tomarse en cuenta.

La presencia de los representantes de la Rada de Kieff en las negociaciones servía de comodín a Kühlmann. Para la pequeña burguesía de Ukrania, que ocupaba entonces el poder, no había nada más importante que ser **reconocida** por los gobiernos capitalistas de Europa. En un principio, la Rada ofreció su cooperación a los imperialistas aliados, y se le dio una propina. Después envió delegados a Brest-Litovsk para que los gobiernos austroalemanes reconociesen co-

mo legítimo su nacimiento, a espaldas de los pueblos de Rusia. Desde sus primeros pasos en las **relaciones** internacionales, los diplomáticos de Kieff se revelaron poseedores de las mismas ideas y de la moral que ha caracterizado siempre a los diminutos políticos de los Balcanes.

Nueva ofensiva alemana. La revolución proletaria.

I

Rotas las negociaciones, el gobierno alemán se sintió vacilante. No se atrevía a tomar un partido resuelto. Los políticos y diplomáticos creían, al parecer, que lo principal estaba hecho; que no les hacía falta nuestra firma. Los militares, sin embargo, se mostraban dispuestos a romper el marco del tratado Brest-Litovsk. El profesor Kriege, consultor de la delegación alemana, dijo a uno de nuestros delegados que, dadas las circunstancias, no podía haber una nueva ofensiva alemana contra Rusia. El conde Mirbach, que encabezaba la misión alemana en Rusia, salió para Berlín asegurándonos que se había llegado a un acuerdo satisfactorio respecto al canje de prisioneros de guerra. Pero nada de esto impidió que el general Hoffmann anunciase cinco días después de rotas las negociaciones, que el armisticio de siete días había terminado, pues se contaban dos anteriores, ya que su notificación condicional se hizo el día de la última reunión en Brest. No vale la pena perder tiempo en desahogos de justa indignación por este acto deshonroso, enteramente de acuerdo con la moral militar y diplomática de las clases gobernantes.

La nueva ofensiva alemana se desarrolló en condiciones mortales para Rusia. En vez de los siete días concedidos, tuvimos sólo dos. Esto sembró el pánico en las filas del ejército, ya en estado de disolución crónica. Apenas si se podía hablar de resistencia.

Los soldados no querían creer en el avance alemán, después de haberles anunciado nosotros el término de la guerra. La desmoralización de la retirada paralizó hasta la voluntad de los regimientos que tenían el propósito de ocupar posiciones de combate.

En los barrios obreros de Petrogrado y Moscú no tuvo límites la indignación provocada por el ataque traidor y verdaderamente filibustero del ejército alemán. Los obreros se alistaban para luchar, y lo hacían por grupos de decenas de millares. Pero faltaba todo lo necesario para la organización. Las guerrillas independientes, llenas de entusiasmo, se veían incapacitadas para hacer algo eficaz, y comprendían su impotencia en los primeros encuentros con las fuerzas regulares del enemigo. Esto, naturalmente, aumentaba la depresión. El antiguo ejército, ya herido de muerte, caía en pedazos, y obstruía todas las vías de comunicación. El nuevo ejército se formaba con extrema lentitud, por las dificultades que creaba el agotamiento del país y por la espantosa desorganización de la industria y de los transportes. El único obstáculo serio que se oponía a los alemanes era el de las enormes distancias...

Austria-Hungría no apartaba los ojos de Ukrania. La Rada se había valido de sus delegados, para pedir el auxilio de los Imperios Centrales contra el régimen sovietista, victorioso ya en todo el territorio ukraniano.

La democracia de la pequeña burguesía abría las puertas a la invasión extranjera para defenderse contra los obreros y las masas campesinas.

En aquellos mismos días el gobierno de Svinhud buscaba la protección de las bayonetas alemanas contra el proletariado finlandés. El militarismo alemán

asumía de este modo, abiertamente a la faz del mundo entero, el papel de ejecutor de los obreros y campesinos revolucionarios de Rusia.

En nuestro partido hubo una discusión ardiente sobre la conveniencia de someternos al ultimátum alemán y firmar un nuevo tratado que nos impondría condiciones más onerosas aún que el de Brest-Litovsk. Sobre esto último no había discrepancias. Los representantes de una corriente de opinión consideraban que vista la intervención efectiva de los alemanes en el territorio de la República rusa, era absurdo, para la resolución de los conflictos civiles del país, celebrar un tratado de paz que se aplicaría sólo a una porción del territorio, y ver pasivamente los esfuerzos de las tropas alemanas para establecer la dictadura burguesa en el norte y en el sur. Otra corriente de opinión, encabezada por Lenin, argüía que todo intervalo, todo respiro, por corto que fuera, tendría un valor inestimable para la consolidación interna de Rusia y para la restauración de su capacidad defensiva. Después de nuestra absoluta imposibilidad para defendernos de los ataques del enemigo, hecho que se hacía trágicamente visible a todo el pueblo y a todos los pueblos de la Tierra, la aceptación de la paz sería comprendida como acto de imposición, obra de una dura ley de correlación de fuerzas. Hubiera sido puerilidad tener como base de nuestros actos la moral abstracta de la Revolución. El problema no era sucumbir con honor, sino sobrevivir para una futura victoria. La Revolución rusa quiere vivir, debe vivir, y para ello debe rehusar toda batalla superior a sus fuerzas.

Debe ganar tiempo hasta que se produzca el movimiento revolucionario del mundo occidental.

El imperialismo alemán estaba en lucha cuerpo a cuerpo con el militarismo británico y norteamericano.

Sólo por esta razón era posible pactar la paz entre Alemania y Rusia. Debíamos aprovecharnos de la ocasión que se nos presentaba. Era imperioso posponerlo todo a la salud de la Revolución, ley suprema de nuestra conducta. Aceptando una paz que no nos era dado rehusar, ganaríamos tiempo empleándola en una obra intensiva en la que estaría incluída la reconstrucción del ejército.

En el Congreso del Partido Comunista y en el Cuarto Congreso de los Soviets predominó el voto favorable a la firma de la paz. Muchos de los que en enero se oponían a aceptar el tratado, eran ya de opinión de que se concluyese la paz.

"Entonces —decían— nuestra firma habría significado a los ojos de los obreros ingleses y franceses una capitulación infame sin esfuerzos para evitarla. Hasta las bajas insinuaciones del patrioterismo anglo-francés, sobre una secreta inteligencia entre el régimen sovietista y los alemanes, tal vez habrían encontrado crédito en ciertos elementos del pueblo obrero occidental, si hubiéramos firmado la paz en aquel tiempo. Pero después de nuestra negativa y después de las nuevas operaciones emprendidas contra nosotros, después de la intentada resistencia y de la demostración de nuestra debilidad, hechos que el mundo entero veía con claridad meridiana, nadie podría echarnos en cara una capitulación sin lucha."

El tratado de Brest-Litovsk, segunda edición del primero, corregida y aumentada, se firmó y ratificó debidamente.

Entretanto, los alemanes proseguían su triste tarea en Ukrania y en Finlandia, amenazando cada vez

más los centros vitales de la Gran Rusia. Así, la existencia misma de Rusia como país independiente se ligó indisolublemente a la causa de una Revolución europea. Esto lo podría demostrar el curso de los acontecimientos.

II

Al tomar nuestro partido las riendas del gobierno, lo hizo conociendo las dificultades que se encontraría al paso. Económicamente, el país se había agotado en la guerra hasta el último extremo. La Revolución había destruido la vieja máquina administrativa. Millones de obreros fueron arrancados de su ambiente, y moral y mentalmente triturados por tres años de guerra. Una lucha colosal sostenida sobre la base de un desarrollo económico insuficiente había chupado los jugos vitales de la nación, y la desmovilización presentó dificultades de proporciones increíbles.

Los campesinos rusos han estado sujetos durante siglos y siglos a la tiranía bárbara de la tierra que los une en masas, y han sentido en sus nucas la mano férrea del zarismo. Estas dos fuerzas coactivas, la tierra y el gobierno personal, han desaparecido; la una, por la acción del desenvolvimiento económico; la otra, por los esfuerzos de la Revolución. Psicológicamente, ésta significa el despertar de las masas campesinas a las ideas de individualidad. La forma anárquica del despertar fue un resultado inevitable de la opresión anterior. Sólo se podrá llegar a un nuevo orden de cosas basándolo en una producción dirigida por los propios trabajadores, libres de las formas anárquicas de la Revolución.

Por otra parte, las clases ricas, aun privadas del

poder, no abandonan sus posiciones sin lucha. La Revolución planteó en forma aguda la cuestión de la propiedad privada de las tierras y los medios de producción, o lo que es igual, una cuestión de vida o muerte para las clases explotadoras. Políticamente, esto significaba una guerra civil más violenta, ya se hiciera abiertamente, ya de un modo oculto. A su vez, la guerra civil engendra tendencias anárquicas entre las clases trabajadoras.

Desorganizadas la hacienda, la industria, los transportes y el abastecimiento de las subsistencias, la prolongación de la guerra civil tenía que traer consigo dificultades gigantescas para la obra de reorganización. Sin embargo, el régimen sovietista dirigó confiadamente sus miradas hacia lo futuro. Sólo un inventario exacto de los recursos nacionales, sólo un plan de reconstrucción sobre la base general de la producción organizada, sólo una distribución prudente y económica de todos los productos, podían salvar al país. Y esto precisamente es lo que se llama socialismo. O descendíamos al nivel de una mera colonia, o nos transformábamos en sentido socialista. Tal era la alternativa.

La guerra había socavado los cimientos del mundo capitalista, y a eso se debía nuestra fuerza invencible. El círculo imperialista que aun nos encierra, será roto por una revolución proletaria. La historia está de nuestra parte. Una revolución proletaria en Europa y en América estallará tarde o temprano, y esta revolución libertará a toda la humanidad que sufre.

Este libro se terminó de imprimir el día 15 de julio de 1968 en los talleres de **"La Impresora Azteca", S. de R. L.,** Avenida Poniente 140, Nº 681, Colonia Industrial Vallejo. — México, 16, D. F.

Fecha de edición: 25 de julio de 1968.

Se imprimieron: 5,000 ejemplares.

cómo hicimos la revolución de octubre

LEON TROTSKY

La Revolución de Octubre en Rusia es, sin duda, el acontecimiento histórico capital de nuestro siglo, pues no debe considerársele tan sólo como una conmoción que modificó las relaciones existentes en aquel país anteriores a su desencadenamiento, sino el comienzo de un movimiento político, económico y social de alcances universales, ya que trata de instituir para toda la humanidad un nuevo concepto de relaciones humanas, basadas éstas en una transformación total y absoluta de las relaciones económicas predominantes en el mundo hasta octubre de 1917.

En este estudio de León Trotsky, el autor nos da una síntesis de aquellos días memorables, sin detenerse en detalles anecdóticos que desviarían al lector de la sustancia por la cual se combatió tan rudamente, o de los métodos, organización y estrategia utilizados por los bolcheviques para lanzarse al combate y vencer. La discutida personalidad de Trotsky no nos interesa aquí; sí la lección que nos ofrece acerca de cómo llevaron los bolcheviques su revolución a la victoria.

Hoy, cuando tánto y con tánto encono se discute acerca de los métodos revolucionarios, este testimonio habrá de interesar a quienes se preocupan por el ritmo de desarrollo de la sociedad.

COLECCION 70